Biblioteca de Escritores Gallegos

Volumen III

MANUEL MURGUÍA



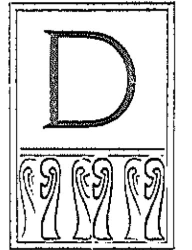
DESDE EL CIELO

MADRID

DESDE EL CIELO

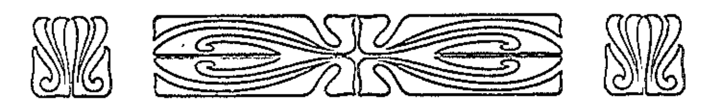
PÁGINAS DE LA JUVENTUD





ESDE EL CIELO, POR D. MANUEL MURGUÍA

MADRID :: MCMX :: IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA, SAN ROQUE, NÚM. 7



Manuel Murguía

«¡Arpa del Norte, tú que por tanto tiempo estuviste abandonada bajo el olmo mágico que hace sombra al manantial de Sanfhillán, y que aún vibraban tus cuerdas armoniosas cuando la hiedra empezaba á rodearte con sus festones de verdura...! Arpa de los trovadores, ¿quién volverá á hacer que suenen tus canciones hechiceras? ¿Permanecerás largo tiempo muda en medio del susurro de las hojas y el murmullo de los arroyos? ¿No volverás á hacer que se sonría el guerrero y llore la doncella...?»

Con esta invocación comienza uno de sus poemas el divino escocés Walter Scott. Con la misma invocación podría despedirse de su amada Galicia, el día que muera, el autor de este libro; con la misma invocación debemos comenzar nosotros, al pretender trazar la semblanza del patriarca de las letras gallegas, nuestro muy amado maestro D. Manuel Murguía.

Quiera el Cielo que tarde él en pronunciarla, ya que como único bien le legó el arpa de nuestros mayores y el cetro de la más alta autoridad literaria de Galicia. Es su única fortuna, bien alta y preciada, bien humedecida por lágrimas de dolor; y por si ello fuera poco, guarda otra arpa: la de su esposa, que desde el día que expiró no ha vuelto á sonar y no habrá quien la herede.

El nombre de Murguía suena en nuestros labios armoniosamente; tiene para los gallegos el poder de evocar todo el esplendor que á las letras regionales dió el que lo ostenta; oblíganos á descubrirnos á la vez que nos enorgullecemos de que sea nuestra tal gloria, tal prestigio, tan alta personalidad. Murguía llena desde hace cincuenta años nuestra historia literaria; rebasa por sobre todo, y su obra quedará á la posteridad como la de un conquistador que, desentrañando nuestros escondidos orígenes, acertó á ver el pensamiento de su tierra ahita de redención, y quiso encaminarla por un enguirnaldado camino.

Su inteligencia clara, de una maravillosa transparencia, nunca, á fuerza de ruido, atrajo sobre sí la pública atención, porque poseyó siempre y posee una gran fuerza, la verdadera cualidad íntima de la fuerza, porque es tal su respeto al público y á sí mismo, que dilató de continuo la hora de su presencia, hasta que, suficientemente preparado,

se sentó seguro en tierra firme. Las potentes energías de su espíritu las dedicó á investigar la íntima vida de Galicia, y es su labor tan sólida como abnegada. A nuestros ojos resucitó el pasado, y conocedor del engaño de cuantos lo intentan, buscó y rebuscó en todo género de viejas memorias para levantar sobre inconmovibles sillares, el edificio de su erudita ciencia. No hubo suceso, por nimio que nos parezca, que no haya tenido á sus ojos inestimable precio.

El es nuestro único historiador. Quien quiera, pasados los años, profundizar y desentrañar en nuestros orígenes, tradiciones, leyendas y hechos obscurecidos por el tiempo, no podrá prescindir de la obra del venerable anciano, toda llena de agudeza, de perspicacia, de sensatez, de maravillosa intuición. El crítico verá, á través de su grande y estupenda prosa, la frescura y suavidad de su pluma, eternamente moza, que obedece al resorte de una inteligencia lozana y privilegiada, de un espíritu altísimo, que fijo por los dominios del pensamiento y no de la fantasía, lanzó en todas sus páginas chispazos de luz y destellos de inspiración.

Supo revestirlas de tan neto, castizo y transparente castellano, que, más que escritor gallego, es maestro español, aunque no quiso nunca salirse de los límites que marca la literatura esencialmente regional. Su ra-

dio de acción lo limitó á su tierra, y hasta la vida fuera de ella hízosele imposible, porque amante de sus glorias, del suelo venerado, del cielo brumoso, como lo fué siempre de la raza celta, que supo elevar, desentrañar y mostrarnos bellamente, obligábanle á convivir allí, donde penas hondas y hondos valles, mostrábanle su negrura y mostrábanle sus bellezas.

A él acudieron siempre los que como advenimiento de un nuevo renombre literario, presentábansele en busca de un consejo y de la merced de un prólogo. Y D. Manuel, siempre cariñoso con los que tal merced merecían, ó áspero y sincero con los que no eran acreedores á tal honra, fué presentando uno á uno y nunca equivocó sus pronósticos y juicios. Sólo por esto podemos llamarle el padre espiritual de dos generaciones de literatos. Algunos hoy consagrados, con un nombre gloriosísimo, ostentan, orgullosos, en sus primeras obras, las páginas escritas por Murguía, los juicios no equivocados y la gala de un decir que lo mismo hoy que ayer, tiene la cadencia y suavidad de un río manso en verano.

No tenemos más que repasar algunos libros de Rosalía Castro, de José Ojea, de Alfredo Vicenti, de Valle-Inclán; reparemos en estos gloriosos nombres y veamos si allá, en los comienzos de todos ellos, el venerable maestro acertó ó no augurando lo que más tarde se

ha cumplido, lo que predijo un día, haciendo la merced de la presentación.

Decía no ha mucho el cultísimo Said Armesto, hablando de Murguía: «Duro como el roble sagrado de los antiguos celtas, su voluntad de hierro no conoció desmayos; incansable y laborioso, rebelde al yugo y penetrado de su gran destino, nadie como él consagró tan por entero á Galicia sus esfuerzos y sus amores.»

Y es verdad. Su *Historia de Galicia* es una obra grandiosa, es obra de un hombre superior que supo armonizar las borrosas referencias de un hecho envuelto en vaguedades, con la descripción de un rancio episodio hecho renacer al conjuro de su cerebro y de su pluma. En *Los precursores* se advierte la nobleza de su corazón, al amigo que recuerda, no sin amargura, á aquellos que le fueron gratos y le han abandonado en la vida, huyendo hacia la muerte. Es éste un libro de intenso dolor, porque es sincero y porque es noble; sus páginas están llenas de piedad, como las hojas de cualquier misal, con las que oficiara un santo. En *El arte en Santiago* muestra su erudición arqueológica y concienzuda. Como elevado pensador y polemista, en *El Foro*. En *Don Diego Gelmirez*, asombra su conocimiento y compenetración con la figura sublime y gallarda del arzobispo compostelano. *En prosa* es

un ramillete de maravilla, en el que destacan las flores lozanas de una inspiración elevada, aristócrata y gentil, y en sus novelas, en sus cuentos y en sus narraciones; no sabemos qué admirar más, si su dominio del castellano, la profundidad de sus ideas, ó la delicadeza, ternura y pasión con que supo tratar los asuntos.

Fué también un gran polemista y supo sacudir con donosura, agilidad y empuje, al adversario que tuvo la desdicha de ponerse á su alcance. Hoy, pobre león viejo, sonríe cuando cuatro asnos pretenden molestarle con sus coces.

Son sus obras, obras de bien. Son el fruto de un espíritu sano, de un poeta, de un hombre fuerte y tenaz, laborioso é incansable; y Galicia, que ve brotar en su suelo, por causa de cierta falta de fe, de una lamentable decadencia, tantas plantas enfermas, necesita en verdad de estos verdes laureles y de estas erguidas palmas.

Murguía trabajó por la regeneración de Galicia y por elevarla al puesto que le corresponde en el concierto de los pueblos.

Luchador indomable, sociólogo, pensador, poeta, crítico y polemista, amante de las glorias de su patria, fué en otros tiempos, acaso menos afortunados que los presentes, pero no por eso menos bellos, el jefe del movimiento regional, al que estaba ligado la

juventud de entonces, que soñó con una tierra redimida y autonómica.

Su glorioso nombre quedará á la posteridad, y á través de los años su recuerdo será imperecedero, y ha de pronunciarse como el del más alto prestigio, acompañado del clamor de trompas, para él familiar, porque pregonaron ha tiempo su fama y sus triunfos.

Hoy, cargado de años y de penas, tantas penas como años, aún trabaja el venerable patriarca, y pasa largas horas inclinado sobre verdes y diminutas cuartillas que llena de caracteres menudos y apretados. Sus ojillos inquietos, azules, avizorantes, aún ven claro cuanto le rodea; su pluma, eternamente juvenil, lo es como cuando en sus primeros años, dió las lozanas muestras de su privilegiado ingenio en periódicos y revistas que ya no existen. Aún posee una energía extraordinaria. El es la más alta personificación de la raza, y como los robles de los antiguos celtas, florece y nos da su sombra bienhechora, porque es su jugo y su savia de una lozanía sin igual, como lo son sus grandiosas páginas y sus brillantes párrafos helénicos.

La publicación de este hermoso libro ha de ser para Galicia un verdadero acontecimiento. Muy contados son los que conocen al viejo historiador como novelista, en cuyo género se reveló allá por los años del 55 al 60.

Entonces triunfaba la prosa ramplona. Murguía, deshaciendo moldes y rompiendo costumbres y prejuicios, se reveló y triunfó con su estilo elegante, fácil y lleno de fluidez, de una manera definitiva. Fué un precursor. Su nombre empezó á sonar en toda España con el respeto y acatamiento merecidos, y fué consagrado cuando una rubia cabellera cubría con profusión romántica su cabeza juvenil.

Hoy, nevada como la de un apóstol venerable, la «Biblioteca de escritores gallegos» se honra publicando *Desde el cielo* y ostentando en la portada el retrato de tan insigne varón gloria legítima de Galicia; el patriarca de las letras gallegas, cuyo nombre reverenciamos con fervoroso culto y que escrito con letras de refulgente oro, colocaremos al lado del de su santa esposa, Rosalía de Castro.





Desde el cielo

He aquí una pobre historia, un pequeño libro, una loca creencia; cruzará tal vez el espacio, y extraños ojos pasarán una distraída mirada sobre sus páginas.

Hombre ó mujer, joven ó niña, si acaso hojeas este libro en tus horas de tedio, derrama una lágrima sobre él.

Como aquellos errantes trovadores de la Edad Media, después de cantar sus romances, recogían dentro de sus gorras de velludo, en las calles la última moneda del pobre, en los castillos las sobras de un banquete, así el trovador de hoy os pide, por el amor que encierra su canto, una lágrima y un recuerdo.



I

Como las brisas de Mayo y su hermoso sol hacen brotar las flores, así los quince años traen al corazón del hombre ó de la mujer el primer sueño de amor, la primera esperanza de un corazón inocente.

María tenía quince años. Y ha dicho muy bien un poeta: «Diez y seis años y no amar... ¡mentira!», porque Marta amaba. ¿Queréis saber lo que es el amor para el corazón de un niño? Primero una armonía desconocida, un rayo de sol que le despierta, una voz de sirena que le llama; después una mujer hermosa, que le sigue, que vela sus sueños más queridos, que flota sobre su frente para refrescarla, que recoge sus besos, sus suspiros, sus medias palabras, que le habla con voz cariñosa en el viento que gime entre los árboles y en el rumor del mar que se estrella en la costa; últimamente el amor es sólo una memoria, un recuerdo de dolor, un vacío, un infierno.

Para el corazón de la mujer, el amor es un ángel que le guarda con sus alas protectoras, la nube que impregna de perfumes el vaso de

su alma, el rocío que refresca su seno abrasado por un fuego interior y desconocido; al fin, también se convierte en un recuerdo, ¿hay cosa que sea eterna en el corazón humano?, pero en un recuerdo dulce y hermoso, que le halaga y le sonríe aun después de perdido.





II

A orillas del Ulla, río sagrado que riega cien campiñas, en cuyas márgenes crecen las flores silvestres, y los blancos álamos erguidos y esbeltos se miran en sus ondas y prestan soledad y sombra y recogen entre sus ramas los suspiros del agua; á orillas del Ulla silencioso, recluído en un lecho de arbustos y de pinos enanos que jamás pierden sus hojas y que en aquellos lugares triunfan del frío del invierno y del polvo del verano; en esas orillas misteriosas y pintorescas, cerca del lugar en que el Ulla se ensancha y traspasa los límites de su cauce para entrar con el estrépito de cien armonías en el Océano, que le espera como espera un amante á su querida después de larga ausencia, álzase una pequeña casa, blanca, con persianas de color obscuro y hermosa azotea, desde la cual se divisa la villa de P..., graciosamente dormida al arrullo de las olas apacibles de la ría de Arosa.

Antes de llegar á ella tenéis que atravesar un largo paseo orillado de acacias con sus racimos de flores blancas y con sus perfumes frescos y suaves.

En el portal hallaréis un hermoso perro, un perro de la raza aborígena del país, de cuerpo

delgado y esbelto, hocico puntiagudo, larga cola, piernas delgadas y musculosas y orejas erguidas, que os hará recordar la figura del lobo que en las mañanas de invierno llama á las puertas del aldeano con aullido prolongado y triste; un perro, portero y guardián de aquella casa, que os saludará con sus ladridos, y que cuando deis la mano á su dueño se acercará á vosotros para recibir vuestras caricias y tornar de nuevo á su puesto.

Desde la puerta podréis ver en el fondo de las ramas, una vid trepadora que se enlaza y sostiene en la puerta opuesta que da paso al jardín, y más allá un fragante cenador, con su glorieta de madera pintada de verde, con sus grandes cristales, con sus tiestos de plantas de invierno y con sus bancos rústicos y sencillos.

Atravesad ese portal, con el beneplácito de León, el perro fiel, que parecerá deciros con sus sordos gruñidos, en tanto que os sigue con mirada recelosa, lo que os dicen todos los porteros del mundo:

—¿A dónde va usted, caballero?

¿No veis revolverse entre los tiestos del cenador como un pajarillo en su jaula, una joven inquieta como una alondra y dulce como una paloma? Posad vuestra mirada en ese rostro de quince años, que al sentir el ruido de vuestros pasos se sobresalta, se reviste de una majestad encantadora para saludaros con su sonrisa fina y atenta, en tanto que aparta los cabellos de delante de sus ojos, hermosos rizos que rompen la cárcel en que los había aprisionado una mano que, á imitación de las que pintaba Rafael á sus vírgenes, era larga, delgada y de afilados dedos.

Sorprended la melancólica mirada de sus ojos azules, admirad su frente despejada, su boca tan grande como sus ojos, un cuerpo delgado y esbelto que se cimbrea como las copas de los cañaverales cuando el viento Sur azota sus verdes melenas, escuchad su voz, respirad su aliento, recoged todos sus encantos en una sola mirada y luego volved vuestros ojos al cielo, y os juro que aunque seáis ateos, aunque Dios no sea para vosotros más que una hermosa mentira, os juro, repito, que llevaréis la mano á vuestro corazón, dejaréis escapar de vuestro pecho un suspiro hondo y tristísimo, y exclamaréis:

—¡Dios mío!

Se llama Blanca, tiene quince años y no ama aún.

Hermosa niña que abandona los juegos de su infancia, presintiendo que entra en otra edad en que tiene que romper con todo lo pasado, porque el presente absorbe en una sola de sus impresiones, todas las impresiones de otros tiempos; porque el presente tiene más vida en un solo instante, que ha tenido toda nuestra infancia; porque en la pubertad gastamos más nuestro corazón en un día que en nuestra virilidad y en nuestra vejez.

Ningún joven, al entrar en esa época de su existencia, ha dejado de conocer intuitivamente que existen unos goces eternos, desconocidos para él, una nueva vida de que no ha disfrutado, una edad de placeres que adivina en el despertar de un sueño de felicidad, y que, como las primeras notas de una sinfonía de Hayden ó de Beethoven, hacen que nuestra alma se abandone á sí misma, que pliegue sus alas y que se su-

merja en las olas de una melodía infinitamente melancólica.

Aun no ha mucho que cuando se hacía pedazos la tetera que ponía diariamente su abuela al fuego de la chimenea; cuando un pájaro había huído de su cárcel; cuando un papel interesante se hallaba emborronado con grandes letras.—Blanca fué, decían todos á una voz, la que rompió la tetera; Blanca la que abrió la jaula al pájaro favorito de su tía; Blanca la que había escrito un abecedario en un arrendamiento de sus bosques.

¿Por qué ahora la niña traviesa cuida de las flores que antes deshojaba? ¿Por qué se acerca modesta y pensativa, y os alarga tímidamente su mano, cuando en otro tiempo salía á vuestro encuentro, pegaba á León porque os ladraba y os presentaba su frente para que la besaseis?

Preguntádselo á su madre, preguntádselo á su abuela; ellas son mujeres, ellas adivinan cosas que hacen salir los colores al rostro de una niña pálida y melancólica; ellas os responderán:

—Está hecha una mujercita.

Y os lo habrán dicho todo con estas cuatro palabras.



III

Marta era una hermosa joven cuyo único defecto, si así puede llamarse, era amar la música sobre todas las cosas, y á un hombre á quien había entregado su corazón más que á la música.

Desde su ventana se veía á lo lejos la mar de la ría de Arosa, coqueta y melancólica como una mujer dormida;

Los barcos de los pescadores con sus velas latinas y con sus faroles encendidos, pálidas lucecillas que en las noches de invierno proyectaban sus rayos sobre las olas;

Y las gaviotas, que al llegar el mes de Septiembre visitan aquellas playas que abandonan las golondrinas;

Y las gallinetas;

Y los cuervos marinos que cruzan como puntos negros sobre la superficie del agua, agitada por la tormenta que se forma en las nubes y en el seno del mar;

Y los buques que pasan á toda vela, allá en donde el mar toma un color más obscuro y se pierde entre las nubes del lejano horizonte;

Y el sol que hace brillar las gotas del agua como otras tantas esmeraldas;

Y la luna que la ilumina tímida y castamente.

Desde su ventana veía Marta todo esto, y respiraba ese aire puro y fresco de las marinas, y percibía el gemido de las olas que se estrellan contra las rocas, y el ruido de los árboles de su jardín agitados por el viento Solano (1). Las nubes rodaban ligeras sobre su cabeza y se disipaban poco á poco y se perdían en la inmensidad.

Su pequeño cuarto estaba adornado con sencillez. Un viejo clavicordio, unas sillas de paja blanca, una mesa barnizada que servía de consola á la pobre joven, un deslustrado espejo de dorado marco y un jarrón de porcelana con flores, constituían todo su ajuar. Unas cortinas de muselina blanca ocultaban á las miradas de los impertinentes el lecho casto y algún tanto pobre, en donde Marta soñaba sus felicidades más queridas, y le sonreían las más hermosas esperanzas.

Era, más bien que alta, de mediana estatura: delgada, de ojos garzos y cabellos de color obscuro, cabellos que alisaba sobre sus sienes y que daban á su rostro, hermoso y triste, el aspecto de un ángel doméstico. Una bata azul, de mangas anchas y holgadas, cubría su cuerpo, y unas babuchas bordadas encerraban sus pies, pequeños y blanquísimos. Se hallaba sentada, y sobre su regazo descansaba un libro, entre cuyas hojas se escondían unos dedos delgados y pálidos como su rostro; un gato barcino dormitaba acurrucado á sus pies, y el silencio más suave y tranquilo reinaba en aquella morada celestial. La respiración de la joven era dulce y acompasada; sus ojos indiferentes se dirigían al través de los cristales hacia la larga sábana

(1) Nombre peculiar con que denominan en Galicia al Noroeste.

del mar, y parecía abismada en una dulce meditación.

Una lágrima silenciosa rodó por sus mejillas.

El clavicordio estaba abierto.

Marta se puso en pie, dirigió á las olas una mirada de tristeza, puso su libro sobre la mesa, y se adelantó al instrumento murmurando unos sentidos versos de Camoes, el poeta de las dulzuras:

«Mas com quanto nao pode aver desgosto
Onde esperanza falta, lá m'esconde
Amor hum mal, que mata, et nao se ve;
Que días ha que n'alma me tem posto
Hum nao sei qué, que nasce nao sei onde
Vem nao sei como, et doe nao sei por qué.»

Ya sabemos que Marta era de mediana estatura y su paso mucho más vivo de lo que era de esperar de aquella naturaleza enfermiza; dijérase que un alma demasiado activa dominaba aquel cuerpo á quien comunicaba esa viveza de movimientos que estaban en contradicción con la languidez de su semblante.

Sentóse al clavicordio.

Sus dedos corrieron rápidamente sobre el teclado, y dejaron oir una de esas escalas en que encerraba Hertz todo un poema de armonías.

Siguieron luego las primeras notas del «Adiós» de Schumberg, de esa música que parece el beso de una madre sobre la frente del niño dormido.

Después, armonías desconocidas brotaron bajo la presión de sus dedos.

Era aquello la historia de un amor triste y amargo, pero de una amargura que es muchas veces un placer más para nuestro corazón.

Había quejas, súplicas, llanto, pesares eternos, ayes ardientes, dulces miradas, besos más

dulces aún, callados, pero punzantes, y que parecían durar una eternidad de amor; luego había una tempestad de sensaciones que desgarraban el seno de la joven, un infierno de deseos que le hacían recoger su aliento, cerrar sus ojos y latir su corazón apresuradamente, concluyendo esta extraña armonía con un mar de lágrimas que parecían desahogar el pecho de pesares eternos con un suspiro que recogía en sus pliegues todo lo pasado, todo lo presente y hasta lo porvenir, con caricias que secaban aquellas lágrimas, con protestas y promesas, con palabras dichas á media voz, y con juramentos de amarse siempre, ¡siempre!

Al concluir, Marta volvió á tocar el «Adiós» de Schumberg, como si quisiese despedirse con lágrimas de aquella música que había conmovido su corazón.

Abrióse la puerta y apareció un joven alto, como de unos veinte años, cuyo bigote sombreaba apenas su labio superior y prestaba á su rostro cierto aspecto varonil que en él era una perfección.

—¡Buenos días, Marta!—dijo al entrar.

Marta respondió con una sonrisa.

—Te he oído—prosiguió el joven—tocar el «Adiós»; ¿por qué ha de ser esa tu música favorita?

—¿No te gusta á ti, Juanito?, ¿no me la has traído tú mismo para que la tocase?—contestó la pobre joven con aire de amante reconvención.

—¡Es cierto! Pero hoy esa música me hace daño.

—¿Por qué?

—Porque parece que se adelanta á mi deseo; también yo vengo á decirte adiós.

—¡Tú!

—Sí; esta tarde me marcho á Santiago.

—¡Ingrato! ¡Me habías ofrecido no abandonarme tan pronto!—dijo Marta.

Juanito apretó entre las suyas la mano de la joven y contestó á sus palabras diciéndole:

—Ya sabes que es forzoso; no obstante, si prefieres lo contrario...

—¡No, no, vete!—respondió Marta con viveza.

—Allí me acompañará tu recuerdo; no te olvidaré nunca.

La joven bajó los ojos, cubrió su rostro la suave tinta del pudor y exclamó en voz baja:

—¡Dios lo quiera!

No hubo más palabras de amor, no hubo juramentos de eterna felicidad, no hubo más que suspiros y lágrimas que corrieron silenciosas por las mejillas de Marta, y un beso casto, puro, adiós amante que la enamorada niña depositó en los labios del querido de su corazón.

Luego se apartaron como dos hermanos; un abrazo fué la última prenda de amor que se entregaron el uno al otro. Juanito se desprendió de aquellos brazos que parecían retenerle y Marta se retiró con las mejillas encendidas y el paso incierto, á la ventana, desde donde se decían todos los días:

—¡Hasta mañana!

El cielo estaba nublado; la mar lanzaba á lo lejos su cántico de tormenta; el viento gemía entre los árboles de la campiña y entre las rocas de la playa; de vez en cuando se oían los disparos que los cazadores de patos de mar hacían sobre estas aves inocentes, que presienten las tempestades y que se refugian en las orillas. Las gaviotas y las pillaras, especie de pequeñas

palomas que viven en las olas mezclando con los gemidos del viejo Océano sus arrullos de amor, volaban á flor de agua y unían sus agoreros chillidos á esos cien gritos que parecen saludar á la tempestad que se adelanta y que, á imitación de los crescendos de Rossini, se desata en las cien armonías de la Naturaleza.

Marta vió pasar á su amante bajo la ventana.

—¡Hasta la vuelta!—dijo aquél.

—¿No ves el cielo?—preguntó Marta.

—Sí—respondió Juanito—; parece oponerse á mis deseos.

—¿Y no temes que te suceda algo?

El joven denegó moviendo la cabeza á entrambos lados, y saludando por última vez á Marta, se alejó de aquellos sitios.

Entonces, la tórtola solitaria, la blanca paloma, la pobre amante, se retiró de la ventana y lloró.

Lloró, no sabemos si por el presentimiento de una desgracia lejana ó por el pesar que acompañaba á aquella partida.

Y aquellas fueron sus primeras lágrimas. Hasta entonces, su amor había corrido tranquilo y apacible como el Ulla que se deslizaba bajo el arco de su ventana y que en los días de calma aparecía inmóvil y silencioso; ni el más leve soplo de la brisa de la ría cercana levantaba un solo pliegue en aquella superficie, como en el amor de Marta, en su alma cándida y sencilla como el alma de un niño, ni el más pequeño pesar había derramado aún su gota de hiel.

¿Qué significaban, pues, aquellas lágrimas?

Misterio ó presentimiento, ¿no era igual para ella?

Tal vez una tristeza vaga y melancólica hacía

asomar á sus ojos las gotas de su llanto; tal vez podría preguntar como Chateaubriand:

—Tempestad del corazón, ¿es ésta una gota de tu lluvia?

Lloraba. He aquí lo que puede decir el cronista de esta historia. ¿Quién adivina por qué? Ni ella misma lo sabía.

Marta y Juanito habían sido los más fieles compañeros en sus juegos de infancia; luego fueron dos hermanos; últimamente aquella amistad, aquella ternura de los primeros años tornóse en un amor dulce y tranquilo, un amor sin tormentos, pero también sin esas sensaciones que parecen compensar el dolor con la felicidad más grande.

Ignoraban la existencia de esas pasiones borrascosas en que cada hora es un tormento, cada día una tempestad.

Cuando se retiró de la ventana, la tempestad, que se aproximaba, estalló con ímpetu; rasgáronse las nubes, la lluvia inundó la tierra, alzáronse las olas del mar y el Sar, abandonando su lecho de flores, engrosó su corriente é inundó la campiña con sus aguas de color verdoso.

Marta entonces rogó por Juanito.

Su oración fué la de un ángel; oró por él en el lenguaje que ella comprendía mejor: la plegaria de Moisés fué la que elevó al trono de Dios la infortunada doncella que temblaba por su amante; y entre los gemidos del viento que azotaba las olas, y entre el ruido de la lluvia que azotaba los cristales de la ventana, se perdían las notas de esa música majestuosa que el hombre puso en boca del Profeta para dar gracias al Dios de Sión por su misericordia con el pueblo de Israel.

IV

Santiago es la ciudad sombría, la ciudad monumental que esconde sus cien torres de granito entre las nieblas que se prenden y envuelven la cima de los montes que la rodean y la ahogan con sus brazos descarnados y con sus frías caricias.

Santiago es la ciudad triste.

Un cielo de color ceniciento es el ropaje que sienta mejor á aquella orgullosa aristócrata, como á las niñas pálidas las batas blancas.

Pero así como hay días de placer en la vida del hombre, así hay también cielos azules y purísimos; nubes ligeras como suspiros y arrebolados ocasos en que se tiñen de colores las sombras vanas, aéreas y flotantes del anochecer.

Las torres de la catedral destacan entonces sus negras siluetas sobre el fondo de aquel vistoso cuadro, y, como reinas de aquellos lugares, se alzan, solemnes, dominando las revueltas calles de la ciudad y sus arrabales, el río, y las enflorecidas vegas del contorno.

Hoy esta ciudad es una reina caída.

Cada siglo que pasó legó á la ciudad santa un recuerdo escrito en la fachada de un monumento; este siglo, incrédulo y ateo, nada tuvo hasta

ahora para ella, y, lo que es peor aún, nada tendrá que legarle.

A los negros y majestuosos pórticos, á las torres que se alzaban juntas como otros tantos fantasmas, á aquellas naves obscuras, á aquella música religiosa inspirada por Dios, á aquellas nubes de incienso y de luz, ha sucedido otra vida muy diversa: la vida de los que, por una lógica tal vez falsa pero sí muy cómoda, prefieren más cuidar del cuerpo que del alma.

Días hay, sin embargo, en que la ciudad rejuvenece, se reviste de sus galas antiguas y parece que quiere volver á sus hermosos días. El templo se ilumina, el órgano lanza sus cien voces graves y melancólicas, y las campanas voltean alegremente llamando con sus armonías á la multitud que llena en tumultuosa confusión los ámbitos del templo.

Los cañones habían saludado la aurora de un santo día y las campanas anunciaban una fiesta religiosa, porque se celebraba

De la virgen sin mancilla
La concepción virginal.

Juanito estaba en Santiago.

Marta ocupaba su alma con su recuerdo, como el amor de Marta ocupaba el corazón de Juanito. El la veía hermosa, sencilla, confiada; pero más que todo, amante.

Esperaba con ansia el día del regreso, y en el viento que pasaba, en la nube que se deslizaba callada por el cielo, le mandaba una de sus palabras de amor. ¡Cuántas veces visitaba aquel Sar que, después de correr cien campiñas y de engrosar su corriente con la de los riachuelos tributarios, pasaba bajo su ventana y llevaba los perfumes de tantos sitios encantados! ¡Cuántas veces besó aquellas aguas creyendo que ellas devolverían su beso á la amada de su alma! ¿Cuántos sueños, cuántas esperanzas tuvo el loco mancebo que no alegrase Marta con su presencia?

La nave de la catedral se había iluminado, la gente acudía silenciosa, y los cánticos sagrados se perdían entre las nubes del incienso.

Juanito estaba allí, y al ver en medio de la muchedumbre que oraba, mujeres hermosas que mezclaban tal vez á sus oraciones un nombre querido, se acordó de Marta, y embebido en tan dulce pensamiento, no vió dispersarse á los que estaban á su alrededor, no sintió perderse las últimas notas del órgano entre el ruido de la multitud que se alejaba, y sólo cuando le advirtieron que iban á cerrarse las puertas del templo fué cuando, con paso callado y triste, se dispuso á salir.

Entonces notó que, como él también, y medio envuelta entre la sombra, oraba con fervor una hermosa joven, pálida y solitaria como la Ofelia de Shakespeare.

Y le pareció un ángel que velaba al pie de aquellas pesadas columnas, un hada que venía á tocar con su varita mágica en el corazón de los pecadores; porque aquella pobre niña no podría venir á buscar al templo el perdón de sus culpas.

¡Culpas un ángel!

Irguióse con ligereza, echó su velo al rostro, y se dispuso á salir cuando se llegó á ella el sacristán, que la dijo en voz baja:

—Señorita, se va á cerrar la catedral.

Al llegar á la pila del agua bendita, Juanito

se adelantó á ofrecérsela; la joven la aceptó haciendo un leve saludo, y salió.

Y Juanito la siguió desde lejos. Y el recuerdo de Marta ya no vino á ocupar su imaginación porque en aquel momento lo era todo para él la incógnita doncella, tan hermosa, tan triste, tan interesante y tan rodeada de misterio; lo era todo para él aquella mujer que oraba, que se ocultaba á las miradas extrañas y que parecía dominada por un temperamento melancólico.

—¿Quién es?—se preguntaba al tiempo que la seguía por las revueltas calles de la ciudad.

Lo que entonces en Juanito no pasaba de una curiosidad punzante, ¿sería el comienzo de una pasión?

Se dice del amor que participa de dos principios: uno espiritual y otro terreno, positivo, como si dijéramos el vaso de barro en donde se encierra aquel perfume delicado y transparente; se dice también que esa parte vaga, esas nubes que rodean á Eros como un velo místico, esa sublime aspiración que recoge en uno solo todos los pensamientos amantes, ni se ve ni se puede tocar. Porque este nuevo amor, todo emanación purísima del espíritu, ni es ciego, ni es niño, ni tiene flechas, y por eso entra en el corazón del hombre ó de la mujer sin que se sienta, con paso callado, escondido y artero.

¿Habría posado sus alas de rosa el espíritu de amor sobre el corazón de Juanito?

¿No habíamos dicho que amaba á Marta?

La amaba, sí; pero ese amor que nace en el seno de la amistad, que crece y se desarrolla paulatinamente á la sombra de una simpatía cariñosa; ese árbol á quien podemos ir cortando las hojas y las flores que brotan cada día,

es, acaso, el amor que dura más, pero es también el que se olvida con menos remordimientos. Ese otro amor, tan diferente del primero como lo son las tranquilas playas del Mediterráneo y las costas salvajes y llenas de armonía en que se esconde el Océano; ese otro amor, decimos, que nace de una mirada, de una palabra, que se presiente muchas veces, que casi nunca se le puede huir; esa pasión que abrasa y devora como una fiebre continua, ¡ah!, ese amor se le siente dentro del pecho, crece como un incendio, pasa y deja la muerte detrás de sí.

El primer amor es Bernardino Saint-Pièrre, el segundo es Víctor Hugo.

Uno se llama Virginia, el otro Claudio Frollo.

El primero es virtuoso como las palabras del divino Jesús, el segundo llega hasta el crimen.

Uno es emanación del cielo; es el amor de la madre á su hijo; es el arrullo de las palomas, casto como el lecho de las vírgenes; el segundo es el engendro de Satanás, que nace del azar y se alimenta de los celos, y que muere en nuestro corazón, seco y angustiado, y atarazado por un dolor de infierno.

El primero es como una apacible tarde de otoño, llena de melancólica dulzura, con presentimientos impregnados de tristeza, con la poesía de las lágrimas; el otro es una tempestad en que el mar cubre con sus olas las rocas de la playa, en que el viento troncha como débiles cañas árboles que vieron pasar dos generaciones.

El primero es el suspiro de un ángel; el segundo el fuego de un volcán; el uno deja tras sí recuerdos dulcísimos; el otro remordimientos eternos...



V

Allá en una de las más tristes y revueltas calles de Santiago, un pequeño y antiguo palacio alza su fachada sombría, con sus rejas, con sus altas ventanas, con su puerta gótica y su roto escudo de armas. Si atravesáis el portal, si adelantáis más, os hallaréis en un ancho patio, mal empedrado, cubierto de hierbas, y en medio dos acacias sucias, viejas y torcidas, de cuyas ramas penden al sol varios pedazos de lienzo acabados de lavar.

Las escaleras, aunque limpias, denuncian el olvido á que estuvo condenado el viejo palacio; y sólo hasta que, pasando el corredor y empujando una mampara de terciopelo carmesí, entráis en una modesta habitación, es cuando conocéis que no han abandonado aún sus dueños de hoy la antigua mansión de siete siglos, el solar de sus abuelos, el techo que cubrió como una mano protectora aquellos lechos, donde habían dormido los primeros sueños de su vida al dulcísimo amparo del cariño maternal.

El tiempo cubrió á la amante abandonada del poético tinte de las ruinas, y como al joven romano cuyo labio superior apenas sombreaba el bozo, revestía el Pretor la toga «virilis», así esas graciosas horas que pasan á nuestro lado como

otras tantas sombras misteriosas, habían revestido al castillo con su manto de verde musgo, con sus manchas abigarradas, con esa poesía particular que parece iniciar á las almas sensibles en otras dulzuras; encantos pasados ya, goces muertos, pero cuyo perfume se conserva aún en el lugar en que le habían encerrado, para llegar á nosotros envueltos en todo el atractivo de los misterios.

Ese desorden, ese silencio, esa soledad, ese abandono, esa melancolía con que se presenta á nuestra vista todo esplendor caído, era el que evocaba en nuestra memoria recuerdos de otros tiempos y de otras gentes.

Poetas, almas fantásticas que adivináis en solo un quejido toda una historia de amargura, ¡quién pudiera, como vosotros, leer en ese libro de piedra una sola de sus páginas!

Juanito, que había seguido á la desconocida paso á paso, calle por calle, se detuvo ante esa mampara que, más feliz que él, cerró tras sí la misteriosa joven.

¿Qué había hallado en ella, para olvidar tan pronto á Marta? ¿No era ésta tan hermosa como la desconocida? ¿No había en el corazón de la pobre desterrada tesoros de amor tan grandes como pudiera guardar en su alma la mujer que amase más? ¿No era Marta su amor primero? ¿No era la primera mujer que le había dicho palabras de ternura?

Y, sin embargo, su recuerdo no vino, importuno, á turbar las ilusiones de un nuevo amor que el pobre loco creía más dulce, más eterno, más amante. ¡Ah! que los primeros amores se olvidan, como los que le siguen, sin dejar más huellas que las de un hermoso sueño que jamás hemos creído que se disipase, sin legar á nuestro corazón un dolor de toda la vida.

Y los primeros amores pasan llevándose nuestra fe—y volvemos á creer—; llevándose nuestras esperanzas — y esperamos —; llevándose nuestras ilusiones—, y volvemos á soñar—; secando en nuestro corazón las fibras sensibles—, y, sin embargo, á la primera chispa de un nuevo amor brotan raudales de cariño y de ternura en aquel corazón que parecía seco ya y gastado.

«El corazón del hombre es un abismo»—decía un filósofo.

Otro abismo es el amor.

Sólo que aquellos que pretenden explicárnoslo son los que menos le penetran; son los que menos le sondaron; son, tal vez, los que jamás han amado y que, por lo mismo, están dispensados de hablar de lo que no conocen.

La joven desconocida fué para Juanito una aparición del cielo, nube de esencias que pasó sobre sus sienes, soplo de amor que arrastró tras sí la antigua pasión marchita ya, como el viento de otoño arrastra las hojas secas de los árboles y de las vides.

Y la hermosa desconocida era Blanca.

Blanca, la niña traviesa de quien ya hemos hablado; Blanca, que soñaba con el amor como en un ángel; Blanca, cuyo corazón ingenuo amaría eternamente al hombre en quien pusiera su cariño, y que, como abren las flores sus hojas al primer rayo del sol, abriría así el tabernáculo de su alma, revelaría sus esperanzas, sus sueños, sus ilusiones y sus deseos, al primero que fuese dueño de su amor.

Pobre mortal que necesitaba un ángel que la cubriese con sus alas.

Una música que la arrullase en sus más dulces sueños.

Un pensamiento á quien dirigir sus suspiros.

Un alma que se uniese á la suya, que adivinase sus más mínimos caprichos, y que se apresurase á cumplirlos; un alma que gimiese para consolarla; un alma, en fin, que amase, para amarla...





VI

ERAN las últimas noches del mes de Febrero del año 184... y entre los círculos más animados de la ciudad era público que el marqués de B... daría un suntuoso baile.

Todos esperaron esa noche como una noche de felicidad.

Sin embargo, no se abrió la puerta encantada á todos los que anhelaron trasponer su dintel; buen golpe de estudiantes, envueltos en sus capas y arrimados á las columnas de los soportales, frente á la casa del marqués de B..., lanzaban envidiosas miradas á los invitados, que, al atravesar las escaleras del palacio con sus trajes crujientes y sus ojos risueños, parecían decir á los de afuera:

—¡Yo soy de los elegidos; dejadme subir al cielo!...

Y seguían con la cabeza erguida; y se perdían entre la multitud que llenaba los salones, olvidándolo todo y lanzándose en medio del torbellino del sarao.

Atravesemos nosotros esa multitud, nuevo Lázaro que recoge desde la puerta del rico las sobras del festín; subamos las escaleras adornadas con grandes jarrones de flores que nos hacen re-

cordar una estación que no ha llegado aún; penetremos, en fin, en los salones, adornados con severa elegancia, y sigamos como buenos cronistas á una sola pareja que, después de perderse y morir entre el tumulto la última nota de un vals de Weber, se aleja á paso lento y se retira al saloncillo de descanso.

Pero dejémosla un momento.

Quiero antes pintaros, si no con su verdadero colorido, al menos con la misma confusión con que os herirían á vuestra entrada en el baile, los mil objetos diferentes, adornados, embellecidos como una novia la noche de sus nupcias; quiero contaros las palabras de amor, fugaces como el afecto que las dicta; las sonrisas dulcísimas de una mujer hermosa, que os halagan siempre, ya sean verdaderas ó falsas; los gritos de los atolondrados y las declaraciones de los cien amores encendidos y disipados en un mismo instante. Voces, luces, animación, sonrisas, gemidos ahogados, quejas amorosas que formaban esa armonía extravagante, que Paganini compendió en una de sus más bellas creaciones; he ahí, en resumen, la historia de todas esas locuras á que el hombre ha llamado baile de máscaras. Completad ahora este cuadro con la variedad de los trajes, las piochas de diamantes, las flores, los rayos de luz artificial que tanta belleza presta á las mujeres; añadid aún la deslumbrante magia de aquellos salones de sociedad, en que las columnas jónicas se alzaban sosteniendo graciosos arcos; las estatuas de mármol, las fuentes y surtidores con sus faunos y tritones; luego prestadle vida, dadle más encantos en vuestra imaginación, y últimamente deseadlo, y os formaréis una idea de lo que acabo

de bosquejaros con las más débiles pinceladas.

Se había prohibido el antifaz.

Así fué que Juanito, al entrar en el salón, no tuvo mas que recorrerle una vez para hallar la persona que buscaba: la misteriosa joven que tanta belleza reunía á sus ojos, belleza que eclipsaba á la de Marta, á pesar de que ésta pasaba en P... por la más hermosa de la villa; belleza que le había fascinado haciéndole olvidar en un momento promesas y juramentos hechos á otra mujer, á Marta, á su primer amor, á la que tanto había querido, á aquella por quien hubiera dado su vida.

Blanca estaba en el baile.

Y estaba como siempre, lánguida, coqueta y radiante, tres cosas que trastornan y enloquecen, tres cosas que, como otras tantas hadas amigas, derramaban en torno suyo el misterio y el encanto; la rodeaban de una atmósfera poética, quemaban esencias á sus pies y la envolvían en un ambiente perfumado que permitía adivinar perfecciones medio encubiertas, y desear goces del cielo, placeres bastantes á pagar los mayores pesares de la vida.

Y á su lado, Juanito, ebrio de amor, Juanito, que la seguía con la vista y con el pensamiento á través de los grupos que llenaban los salones, que sentía estremecerse su cuerpo y palidecer al oir su voz dulce y suave como el quejido de las brisas matinales, que la devoraba en una de sus miradas, y que hubiera caído á sus pies á una sola palabra de ella.

Juanito padecía un dolor más terrible que el de los celos.

El celoso, al menos, posee un tesoro al que no permite llegar hombre alguno; se desespera,

vela al pie de él, pero puede decir á su corazón:

—¡Es mía!

¡Juanito deseaba!... he aquí todo.

¡Oh! Y ese dolor, ese dolor que sentía, cuando otro hombre apretaba entre las suyas aquellas manos que él no se atrevería á tocar; cuando otro hombre recibía una sonrisa de Blanca, sonrisa por la que él hubiera dado toda una eternidad; cuando otros ojos más atrevidos ó más lascivos se posaban sobre la casta joven; cuando otros labios murmuraban á su oído palabras que la sonrojaban, ese dolor, decimos, atormentaba su corazón y le enloquecía, porque ella era la clara fuente donde quería Juanito apagar su sed de amor, y á donde no se atrevía á llegar.

Por fin se acercó á ella.

La niña se estremeció involuntariamente, conoció al joven que le había ofrecido el agua bendita, y un ligero carmín coloreó su rostro.

Adivinó que Juanito la amaba.

Las mujeres poseen el tacto exquisito de arrastrar al hombre á la conversación de que éste quiere huir á toda costa.

Blanca obligó á Juanito á decirla:

—¡Te amo!

Pero se guardó muy bien de contestar, como hubiera deseado el mancebo; se contentó con tolerar sus palabras de amor, sin responder á ellas más que con una sonrisa.

No le respondió:—¡Te amo!

Pero tampoco dijo:—¡No se canse usted, no puedo amarle!

El hombre más tímido para con las mujeres, después que su secreto deja de pertenecerle para ser de la persona que ama, cuando llega á declarar su pasión, entonces es un río que rompe su cauce, como si quisiera vengarse de su anterior silencio. Muchas veces los más tímidos concluyen por ser los más osados.

Una vez confesado su amor, Juanito habló de lo que había sufrido hasta entonces por ella, especie de memorial que los hombres ponen siempre en manos de la mujer, como los soldados su hoja de servicios para obtener un premio digno de ellos.

Blanca le escuchaba y sonreía; y alentado con esta condescendencia, el joven decoró su amor con los más vivos colores, le hizo el sacrificio de sus secretos, refirióle sus más dulces esperanzas y derramó en el corazón de Blanca sus afectos más íntimos y sus pesares más tristes.

Juanito había herido, sin saberlo, la cuerda más sensible del corazón de la mujer; porque ésta nada agradece tanto al hombre como el que empiece por hacerla la confidente de sus más recónditos secretos; no acertamos por qué, pero es así. ¿Será, tal vez, que la mujer, alma sencilla é inocente, halaga su orgullo creyéndose ella la débil criatura capaz de fortalecer el ánimo del hombre?

Porque la mujer, como un ángel de bendición, no desea más que hacernos dichosos, robarnos la mitad de nuestras penas, secar nuestras lágrimas, alentarnos en nuestra desgracia y sufrirla á nuestro lado. Vaso de mirra que se derrama sobre nosotros, ora madre que vela al pie de la cuna de su hijo, ora esposa que tiembla á cada instante y vigila por la suerte del que es la mitad de su alma, ora amante, que llora, que espera, que cree y que vive entregada toda entera á un hombre que tal vez pagará tanto amor y tanto sacrificio con el olvido más cruel.

Blanca vestía un traje igual al que había llevado al suplicio la desgraciada María Stuard: un vestido de terciopelo negro, guarnecido de armiños, cerrado completamente en el cuello y de mangas abiertas. Sobre sus espaldas caía un manto de raso forrado de marta cibelina que recogía la joven en un hermoso pliegue con la mano izquierda. Sólo faltaba á su adorno, para ser igual al de aquella mujer infeliz, el escapulario que debía acompañar á su cadena de cuentas de ámbar suspendida de su cuello y rematada en una cruz de oro, como asimismo faltaba el velo blanco con que había cubierto su rostro, y los dos rosarios que pendían de su cintura, el día en que la reina de Escocia debía subir los escalones del cadalso de Jothesingay.

Blanca era rubia como aquella reina; mas sus ojos azules no tenían aquel fuego, no brillaban con aquella mirada llena de deseos de la que, al decir de los historiadores, «era mujer cuyo pecho respiraba llamas y contenía filtros irresistibles».

Llevaba recogidos sus hermosos cabellos de color de oro sobre la frente, y su peinado caprichoso, pero sencillo, prestaba á su rostro ese aire melancólico, esa pureza dulcísima que esparcía Rafael en el rostro de sus «madonnas». Su semblante, de ordinario pálido, estaba coloreado entonces por el calor y la agitación del baile; parecía que una luz rosada corría bajo aquel cutis blanco y transparente.

Su traje exigía, como advirtieron algunos con intención nada benigna, que fuera su aire severo y majestuoso, de reina en fin; pero Blanca, que antes que todo era mujer, se sonreía, bailaba como una niña loca y, lo diremos de una vez, empezaba á amar.

Las palabras de Juanito resonaron en su corazón con un timbre mágico, y aquella melodía desconocida la hizo estremecer.

Y la hizo amar.

Amar como hasta entonces no había amado, con esperanzas y con lágrimas: amar con toda el alma, desear goces desconocidos, suspirar y sufrir esas dulcísimas amarguras de la pasión que nos arrastra como un torrente hacia una orilla de felicidad ó de desesperación.

Aquella noche se abrieron ante los ojos de la pobre niña las puertas del único paraíso de la tierra, que, á imitación de aquel que perdieron nuestros primeros padres, exige la gracia al que pretende traspasar su dintel; es decir, necesita del amor correspondido para permitir el acceso á sus fuentes murmuradoras, á sus grutas floridas, á sus vírgenes bosques aromados, á esos fantásticos dominios, que, como un juego de óptica, nos lo presentan todo vestido del color de la dicha y la alegría.



VII

No habéis amado una vez en vuestra vida?

¿No habéis estrechado entre las vuestras las manos de la mujer que ha turbado vuestro sueño con sus recuerdos? ¿No tenéis, en lo más recóndito de vuestro corazón, guardada una memoria de la que ha sido vuestra esperanza en los más felices días de vuestra vida? ¿Olvidasteis ya la única palabra que ha sonado en vuestro oído como una palabra de los cielos? ¿Ha dejado de ser para vosotros la mujer el ángel que velaba vuestros sueños, la dorada sombra que llenaba el vacío que se extendía á vuestro alrededor?

Si una mano de mujer ha pasado sus dedos entre los rizos de vuestros cabellos; si ha cerrado vuestros ojos en un sueño dormido en su regazo, y al son de sus más hermosas canciones; si esa mano se ha posado en vuestros labios como para impediros que pronunciaseis palabras que su amor no le permite escuchar; si la habéis seguido y espiado sus pasos; si la habéis buscado lo mismo en el cielo azul y sereno que en el tormentoso y de ceniciento color, y si ella ha sido uno de vuestros pensamientos, entonces volved la vista á esos días pasados, aunque os sea doloroso, y pensad en Juanito.

En Juanito que ama, no como amaba á Marta, sino con otra fuerza antes desconocida, con esa fuerza intensa, impetuosa, que nos arrastra lejos, que nada teme y que atropella por todo.

Ni el más pequeño remordimiento turbaba esa nueva pasión que empezaba ahogando otra; Marta no vino á interponerse entre Blanca y su amante; parecía que, como la niebla que disipa el vivo rayo del sol, se disipaba ante el nuevo amor aquella melancólica nube que moraba en las aguas del Sar.

¡Pobre Sar que visita lugares ignorados, pero llenos de la más agreste poesía; que ora se arrastra entre dos rocas silencioso y obscuro como una noche de tormenta, ora se ensancha y toma el más hermoso color de cielo, y murmura y se tiende al pie de los álamos blancos y de los alisos que se miran en sus aguas, mientras éstas corren y corren para mezclarse y confundirse con otras que empiezan á tomar ese color verdoso de las marinas! ¡Pobre Sar! ¡cuántas historias de amor podría contarnos si, á imitación del Tajo,

Sacase el pecho fuera

y nos hablase con las dulces palabras, con la voz cariñosa de aquellas aldeanas de ademanes bruscos, pero de amante corazón!

De los tiempos que han pasado no nos resta más que un libro de locuras á que los hombres llaman historia. ¡Ah! si se escribiese la historia de cada familia, de cada corazón que se seca como una planta sin savia, ¡cuántas lágrimas, cuánto dolor se hallaría en sus páginas! ¡Qué libro tan triste sería!

Blanca soñó en el amor como se sueña á los quince años, y le creyó un mundo de delicias;

Juanito le sintió en su corazón como la aguda punta del dardo, que no se puede arrancar sin abrir más la llaga. Blanca esperaba y presentía una nueva vida; Juanito parecía tocarla ya, y lo que en él era deseo, en ella no era más que un anhelar recóndito, un pensamiento vago sin forma y sin color.

Pero los dos amaban, los dos esperaban y creían, los dos se hallaban conmovidos por igual afecto, como dos cuerdas de un arpa heridas á un mismo tiempo.

La primera vez que se vieron solos, sin más testigos que una luna melancólica de Marzo, sus palabras fueron apasionadas, dulces y locas; cambiaron entre sí los más amantes dictados; juráronse felicidad eterna; diéronse palabra de no olvidarse, y un ósculo de amor selló todos aquellos juramentos, confirmó aquellas palabras y aquellos dulcísimos nombres.

Pocos han sido los amantes que no han tenido que separarse por algún tiempo; pocos son también los instantes que preceden á la despedida, en que no se multipliquen los encantos que se gozan con la persona que responde á nuestro cariño y á quien abandonamos tal vez para siempre.

Y así como en la nube cargada de sombras que aparece en el horizonte y que á manera de un monstruo mitológico va extendiendo sus negras alas por la inmensidad presentimos la tormenta que se adelanta, así los pobres amantes preveían una separación cercana, y hablaban de ella todos los días como para familiarizarse con esta idea, y temblaba ante el ¡adiós! que se darían, sin saber hasta cuándo los separaba.

—Iré á P...—dijo un día Juanito—; allí la mar

me dará sus armonías, y entre sus gemidos, entre el ruido del tumbo de las olas en la arena, creeré oir tu nombre, Blanca, y le oiré. La orilla del Sar me llevará hacia ti, y tu recuerdo aumentará mi pesar como aumentará mi pasión. Escucha: el país cuyas colinas faldearé á la caída de la tarde, cuyos bosques de castaños me darán la sombra más grata en las altas horas del día, cuyas marinas elevarán mis ojos al cielo en busca de esa luna que tiende su velo de plata sobre las olas de la ría y del Ulla; ese país de encantos y de poesía tomará nueva vida ante mis ojos, se animará de una manera extraordinaria; una atmósfera de luz y de perfume le rodeará á su vez, y todo, todo tendrá mayor encanto, mayor animación, porque tú lo llenarás con tu sombra de maga.

Era una de las últimas noches de Marzo.

El viento traía el perfume de las violetas y de las oxiacantas que abren sus flores blancas en los primeros días de Abril con el fresco de las montañas cubiertas de nieve.

En esta estación, como en la de otoño, los crepúsculos duran más y son más hermosos; en uno y otro tiempo la Naturaleza se nos presenta débil como una mujer; las primeras tardes de la primavera son más puras, más alegres; las tardes del otoño son más tristes y melancólicas; en las tardes de Marzo y Abril, esperamos; en las de Octubre dejamos de esperar; las primeras son la flor que se abre; las segundas la flor que se marchita; pero en las dos hay la poesía más dulce, la que se espera y la que se pierde; hay el encanto más hermoso, el que se acerca á nosotros y el que nos abandona; divino encanto henchido de esa vaguedad poética que, como todas

las medias tintas, encadena el espíritu y le conmueve dulcemente.

Hay lejos de la ciudad un antiguo monasterio que otro poeta ha comparado ya á las viejas abadías de la Bretaña.

En su sencilla fachada, en sus torres de piedra, en los árboles que sombrean un largo campo tendido á sus pies, en su puerta entornada, en el rayo de sol que la ilumina, en el silencio que tiende sus alas por el claustro solitario, en aquellos pájaros que huyen al ruido de vuestros pasos, en aquella fuente cuyo raudal cae con sonido monótono sobre la taza de granito medio cubierta de musgo; en aquel misterio, en fin, que rodea el edificio por todas partes, descubriría el filósofo el alma de otras épocas, y hallaría el poeta el germen de sus melancólicas meditaciones.

A los pies del monasterio se extiende un pequeño barrio pobre y sucio, con sus casas de color abigarrado, sus floridos huertos, el ruido de sus telares y la confusa gritería de veinte chiquillos colorados, rollizos y haraposos que juegan en medio de la calle y corren tras las gallinas y los perros.

Sólo faltaba en aquel sitio un castillo, con sus ventanas ojivas, con su poterna, su parque y sus monteros, para que, sin ningún esfuerzo, nos colocásemos en la Edad Media y creyésemos ver una fortaleza señorial, con los vasallos agrupados á los pies de aquel pequeño rey, con sus alegres fiestas, con su trabajo y con su servidumbre que el hábito había hecho menos penosa.

Un día Juanito habló á Blanca de ese lugar apartado, donde la Naturaleza misma incitaba á amar.

—En ese bosque—decía—hay sombras misterio-

sas, hay ruidos vagos, hay el Sar que le riega de un lado al otro; allí no hay ojos indiscretos que turben nuestras caricias; no hay más que pájaros que cantan, brisas que gimen entre las hojas, palomas que aman y que se buscan por el espacio.

—Iremos—contestó Blanca.

Y una tarde de Marzo, en que el cielo se había engalanado con el azul más puro, en que el aire traía en sus alas el perfume de las primeras hojas y el sol descendía paso á paso, y bañaba con sus últimos rayos las más altas montañas coloreándolas con ese tinte violado que las envuelve como un manto de vapores, atravesaron Blanca y Juanito aquel bosque de seculares encinas y se hallaron en el viejo claustro de que os hemos hablado.

Es preciso haber llegado hasta allí con el ánimo abstraído, para que á la vista de las columnas medio rotas y rodeadas de plantas silvestres, que cubren asimismo el patio y trepan por las ventanas y nos sorprenden en aquellos lugares que podemos tomar muy bien por unas ilustres ruinas; es preciso, repetimos, llegar absortos en muy hondos pensamientos para que no nos entristezca aquel silencio, aquella soledad, aquel fué que se halla escrito en cada piedra, aquella media tinta que baña todo el claustro de una indefinible melancolía, que nos hace reconcentrarnos en nosotros mismos y desear esa tranquilidad que tanto agrada á los corazones predispuestos á soñar felicidades que jamás se cumplirán para ellos.

Parece que tras de aquellos lugares no existe nada y que allí se reúne toda la poesía del misterio, toda la poesía de las almas que aman.

Algún cazador que los atraviesa para internarse en el bosque, algunos niños que asoman sus

cabezas rubias como las de los ángeles y hermosas que pintaba Greuse, que dan un grito y que huyen medio asustados al oir el eco que les devuelve su voz; una joven que vuelve con su cántaro lleno de la fuente solitaria; dos amantes que buscan un día el más dulce retiro para hablarse de su amor; he ahí las únicas figuras que llenan tan hermoso cuadro.

Algunas palomas viven también en aquel retirado lugar, y las golondrinas tienen á su vez un nido y una atmósfera en donde revolotear asustadas por los ladridos de los perros, guardianes del bosque y del claustro mismo.

—¡Qué hermosa soledad! — exclamó Blanca, cuando se halló en aquel apartado retiro lleno de misterio, de silencio, de perfumes y de cánticos sagrados—. Bien has dicho—continuó—; aquí no turbará nadie nuestro apartamiento; nadie escuchará nuestras palabras.

—¡Oh!—dijo Juanito—; no hay rincón de la tierra donde no puedan ser felices los que se aman; pero este sitio es de los que conmueven más fácilmente el corazón.

—Y cuando este corazón es el tuyo, Juanito, entonces se eleva sobre el de todos los demás hombres; por eso me creo la criatura más feliz del universo con poseerlo.

—¡Blanca! ¡Blanca! ¡qué palabras!...

—¿No te agradan?—contestó la joven sonriéndose.

—¿Puede no serme querido lo que venga de ti?

—¡Entonces!...

—Tus palabras son la felicidad, y ésta mata á los hombres como la desgracia.

—¡Desgracia! ¿Quién se atreve á pronunciar esa palabra en estos sitios?

—¿Crees eso, Blanca? ¿Crees que no se la debe nombrar?

—Sí, lo creo; aquí, en este retiro, en donde nada, ni un leve rumor llega de los lugares donde viven los hombres y con ellos el infortunio, aquí donde parece que el olvido tiende sus alas, aquí el corazón nada puede desear, aquí tiene su morada la felicidad.

—Y, sin embargo—replicó Juanito—, este apartado y hermoso lugar, en donde te hallas feliz, fué el elegido para encerrar tras sus muros sombríos un corazón traspasado por el dolor más grande. Este monasterio tiene una leyenda, pero una leyenda de lágrimas amargas y de sentidas oraciones; una leyenda de amor perdido en el cielo.

—¿Tan triste es?

—Figúrate una pobre niña hermosa como tú, á quien abandona su amante para venir desde tierras lejanas en peregrinación á esta ciudad. Otro amante despreciado corre tras el peregrino para vengar en él la afrenta hecha á su amor; ella sale tras el que ama, para morir con él ó para salvarle como un ángel de su guarda, y recibe en sus brazos el cuerpo exánime del peregrino, muerto por el puñal de los celos, y vertiendo sangre por la herida fresca aún, sin que logren los amantes cuidados de la desolada mujer hacer abrir los ojos á su amante, para verla y consolarse de su muerte.

—¡Dios mío!

—¿No te había dicho que era muy triste?

—¡Es verdad!

—La pobre niña recoge los restos del que la había amado, vende sus joyas, y hace á Dios la ofrenda de su puro amor. Allí—exclamó—, allí

donde bajen á beber las palomas, fabricaré un convento y viviré orando por él y amándole como le he amado siempre. A las orillas del Sar, en ese suave remanso que forma el río, bajaron su vuelo unas palomas blancas como el corazón de la enamorada, y apagada su sed, batieron de nuevo sus alas y se perdieron entre las nubes que pasaban á lo largo del horizonte.—Aquí—dijo ella—, aquí quiero vivir para cumplir el voto que hice al Señor—. Y entonces se alzó esta solitaria casa, en cuya iglesia depositó la noble joven el cadáver del que había sido su amante, y en cuyos altares colgó las galas del siglo para cubrirse con el casto velo de esposa del Señor.

—¡Pobre mujer!

—Pasó su vida orando ante el altar de su Dios y el sepulcro del que amaba, repartiendo de este modo su amor entre el cielo y la tierra, entre el Señor y su criatura.

—¡Quién amara como ella!

—Es una pobre joven de quien no resta más que una leyenda, casi olvidada entre el bullicio de las pasiones del siglo y este sitio apartado y solitario que lleva á un tiempo su nombre y el de su amante. El pueblo fué con ellos más cariñoso que el cielo; los unió en su recuerdo, como lo habían estado en vida; encarnación de una historia que se olvida con ese viejo edificio, cuyas columnas se doblan al peso de los años y en cuyas torres anidan las golondrinas y las garzas de blanco plumaje y vuelo altivo. Mañana tal vez no habrá más recuerdo de este sitio que los cuentos de los campesinos y dos páginas del libro de un poeta (1).

(1) «Monografías de Santiago», por Neira de Mosquera.

—¡Ah, Juanito!—exclamó Blanca ciñendo con sus brazos el cuello de su amante—. ¡Juremos, juremos aquí, en este sitio, amarnos eternamente como se amaron ellos; su sombra nos protegerá en nuestra vida de amor; juremos!

—Sí, Blanca; juro amarte hasta la muerte.

—¡Yo juro amarte como amó ella!...

....

Y ya la noche tendía su manto de sombras y de misterio, cuando Blanca y Juanito se dirigieron á la ciudad cercana, cuyo ruido llegaba hasta ellos como un acompañamiento á sus ideas.

Desde entonces parecía que, así aquella niña sencilla y traviesa como aquel joven, ingrato una vez ya, comprendieron, ó, mejor dicho, dieron la importancia de que eran capaces sus corazones, á un juramento que acaso no tuvieran escrúpulo alguno en romper, si no fuese hecho en sitio y en nombre de dos sombras á quienes su desgracia les hizo amar.





VIII

Un día volvió Juanito á su casa triste y caviloso.

Sobre su mesa había dos cartas.

Las dos eran de mujer, cuya letra conoció al momento el joven enamorado.

—Una era de Marta, la otra de Blanca.

Juanito cogió la de esta última.

«Querido Juanito:—leyó—. ¿Cómo no has venido ayer? Te he esperado en la ventana hasta muy tarde. ¿Qué te sucede? ¿Empiezas á olvidarme? No lo creo; sin embargo, quiero recordarte que me debes mucho amor. ¿No me dices tú mismo que nadie te ha amado tanto? ¡Ah! no faltes esta noche, no faltes, te lo ruego; ven, hallarás un corazón que te ama cada día más y que te amará siempre. ¿No es grato este don á mi caprichosa divinidad? ¿Tendré que arrojar á sus pies las modestas violetas y los lirios pálidos? ¿Verdad que no hallarás en todo el mundo una flor cuyo perfume te agrade tanto como el del amor con que te quiere tu mejor amiga? Te ruego una vez más que vengas, porque desfallezco de amor, como la desposada de los libros santos. No soy celosa, y á pesar de eso quisiera ser tu pasión primera. Dicen que la hiedra crece mejor en las ruinas. Yo quisiera ser á mi vez la

silvestre planta que creciese en tu corazón. Dime, ¿amaste mucho á esa pobre niña que has olvidado por mí?—Desconfía—me decían—del que deja su oferta en muchos altares, pocas veces es sincera—. Pero te estoy hablando como una loca y estoy triste, sí, Juanito, triste; te amo mucho para no temer que dejes de quererme; este pensamiento pesa demasiado sobre mi alma, y en nosotras las mujeres, cuyo presente, cuyo pasado y porvenir pertenecen al amor, éste es, como dicen algunos, éste es el más grande asunto de nuestra vida. ¿Cómo quieres que no piense en ti á todas horas y no tema el perderte? No sé ya qué decirte; si estuvieras aquí, tú mismo leerías en mis ojos mucho más de lo que yo te revelo en esta carta; que ella te lleve la felicidad y te traiga á mi lado. Te espero con impaciencia...»

—¡Cuánto amor!—exclamó Juanito al leer por cuarta vez estos renglones—. ¡Cómo me ama!

Y, doblando la carta, la besó con ternura y la guardó cuidadosamente.

Después de algún tiempo alargó la mano con negligencia hacia el otro plieguecillo; lo abrió; pasó luego su vista por él, y lo arrojó con indolente gesto entre una porción de papeles inútiles; recojámoslo nosotros.

MARTA Á JUANITO

«Mi querido Juanito: Te importunaré tal vez con estas cortas líneas, y empiezo pidiéndote mil perdones por ello. Mamá me ha dicho que te escriba, rogándote nos hagas el favor de remitir, lo más pronto posible, cuatro varas de terciopelo blanco y seis onzas de hilo de oro, pues quiere bordar un manto para la Virgen. La pobre sueña con él hace más de ocho días y no me deja un momento; siempre está hablando de su manto bordado; yo también te suplico que me remitas otra pililla de agua bendita como la que me trajiste el primer año, y que se ha roto hace dos días. Esto me tiene algo triste sin saber por qué; mamá me riñe porque tomo tanta pena por una cosa que vale tan poco; sin embargo, para mí valía más que cuanto hay en el mundo. ¡Adiós!; dispénsanos y recibe las amistades de mamá y mías.

MARTA.»

«Posdata. Vuelvo á abrir la carta, porque mamá está muy segura que sólo va en ella lo escrito anteriormente, y no volverá á verla. Juanito: ¿por qué no me escribes? Si pudiera pensar que me habías olvidado, nunca tendría más razones que hoy. Tú me has ofrecido amarme siempre; yo te amo también, Juanito, y te amo mucho; por eso te creo y confío en tu palabra.

»Me olvidaba decirte que he tenido hace dos noches, la misma en que se ha roto la pila del agua bendita, un sueño muy triste. Por la tarde había estado charlando con algunas labradoras; las pobres hablaron de sus amores, y una de ellas contó una historia que hizo asomar las lágrimas á mis ojos. Era una pobre muchacha abandonada por su amante, que venía á buscarla desde el cielo: lo mismo es lo que yo he soñado, sólo que yo era la que venía á buscarte á este mundo después de muerta. Esto es una locura, ¿no es verdad? ¿Me escribirás?»

—¡Qué loca!—dijo Juanito—. ¿Piensa que soy tan crédulo como ella?... ¡terciopelo... hilo de oro!... ¿No tendría otra cosa de que hablarme?

¡Una pililla como la que me trajiste!... es verdad, yo se la he regalado,, ¡y la ha roto!... ¡Qué mezquino me parece su amor ante el de Blanca!... ¡Blanca! ¡tu amor es el cielo! ¡tu me tiendes los brazos y me encadenas á ellos con tus locas sonrisas, en tanto que Marta se contentaba con creerme!... Mejor hubiera hecho si me olvidara.





IX

En ciertos días el mar se duerme tranquilamente en su lecho de arenas y se olvida de la brisa que le acaricia y de sus melancólicos suspiros: no parece sino que descansa de las fatigas que le abruman, al quebrar diariamente sus olas en el remanso de la playa desierta.

¡Qué hermosa es entonces! Se asemeja á una reina que perdona. El cielo toma el color de sus aguas, las aves marinas corren como locas sobre su dormida superficie y el sol ó la luna vierten sus rayos sobre ella.

Entonces los buques cruzan su extensión como las garzas la atmósfera.

Las lancnas pescadoras entran mar adentro al compás de los dulces cánticos de los marineros, y los botes que no trasponen la playa izan sus velas de blanco lino y vagan de un lado á otro á vista de tierra.

Todo es tranquilidad y dulzura; el aire es más puro, las flores exhalan su perfume más delicado, y entonces, nuestra alma, dominada de un bienestar imposible de describir, se abandona á una alegría tanto más querida cuanto más espontánea.

El amor, á su vez, tiene como el mar sus días tranquilos y serenos.

Días en que se duerme con las más dulces caricias.

Días en que no mira más allá y en que se halla contento del hoy y recuerda con placer todo lo pasado; días, en fin, en que se basta á sí mismo.

En ese estado de verdadera tranquilidad había pasado el tiempo alrededor de Blanca y Juanito: la vida les había sonreído y destrenzado coronas de flores á sus pies. No había un solo suspiro de dolor, ni una sola queja; no había sino un amor eterno, que crecía cada vez más, para no extinguirse: un amor que dominaba en sus seres y les comunicaba su inmortal esencia. Un día se separaron, para volverse á ver dentro de poco en P... Allí serían más felices, nadie les estorbaría; allí había lagos y ríos de crecida corriente, y de orillas frescas y sombrías en donde pasar las más hermosas horas de la vida. Ese día fué un día de lágrimas. Parecía una separación eterna; y aquel dolor de un momento, entreveía á pocos pasos la felicidad más dulce: parecían sibaritas afortunados, que se complacían en atormentarse, para hallar más grato el consuelo que vendría tras de aquellos pesares.

Pero al menos hubo allí un beso, humedecido con lágrimas.

Se hallaban en P...

P... es una pequeña villa, coqueta, hermosa y ataviada como una novia el día de su boda. En P... vivían Juanito y Marta, y apartada como una virgen solitaria y á las orillas del Ulla se alzaba aquella casa que os hemos descrito al comienzo de esta breve historia, y en donde ha-

béis conocido á Blanca, la niña traviesa, la que tenía ojos de color de cielo, como dice un canto popular, y cabellos rubios, que caían acariciando su semblante de ángel y su hermosa garganta.

Juanito salía todas las mañanas de P... y se dirigía á la casa de Blanca; llevaba siempre su zurrón de cazador, sus perros y sus provisiones.

Pero jamás volvió con una sola pieza que atestiguase su buena ó mala suerte en la caza, y los perros llevaban la culpa de su desgracia.

—No levantan cosa alguna—decía Juanito, acariciándolos.

—¿Por qué no llevas otros?

—Porque tendría que emplear mucho tiempo en enseñarles el sitio por donde yo deseo que vayan siempre.

Más tarde se dijo en P... que Juanito cazaba solamente en ciertas posesiones.

—Efectivamente—exclamó uno de sus amigos, y hermano de leche de Marta—; valen más tus perros que cuantos hay en la villa.

—¿Por qué dices eso?—contestó Juanito.

—Porque levantan la mejor pieza que hay en estos alrededores.

—¡Eres un tonto! — exclamó Juanito bruscamente, volviéndole la espalda.

Muy pronto supo Marta lo que significaba aquella cacería de Juanito. No le sorprendió, pero le hizo llorar más: conoció que era olvidada y lamentó en secreto su abandono; lo que no pudo sufrir, lo que más doblegó aquella pobre alma, débil y enferma, fué ver su amor burlado.

¡Cuánto dolor no abatió su corazón!

¡Cuántas lágrimas no abrasaron sus ojos y sus mejillas!

¡Pobre mártir, que había creído en aquel hom-

bre, como creía en el cielo; que le había amado con todo el amor de su alma; que le había esperado y que había llorado por él!

Y como corazón sencillo y bueno le amaba aún, y creyó un momento que el nuevo amor de Juanito pasaría, y que tornaría pronto á sus brazos en busca de un perdón, que ella no sabría negarle. ¡Hermoso pensamiento que endulzaba algún tanto sus pesares!

Pero al ver que pasaban los días, que sus fuerzas se extinguían, que su amor crecía con su desgracia, y que Juanito no volvía á su lado, como había soñado en tiempo en que no le estaba vedado el consuelo; al ver que su corazón le vendía, que sus lágrimas se secaban, que su dolor crecía como su desgraciada pasión, se hería el pecho como una loca, y parecía preguntar á su corazón, como el Petrarca:

> E tu, mio cor, ancor se pur qua eri
> Disleal á me sol;

porque ella, como el gran poeta, estaba herida de amor, y herida de muerte.

Juanito en tanto vivía feliz.

Todos los días le esperaba Blanca entre los árboles que daban bajo su ventana: allí se veían, y desde allí marchaban como dos fantasmas vagabundos, á correr á la sombra de los castaños y á aspirar esa brisa perfumada que la ría les enviaba como un beso casto y enamorado. Juanito ceñía con un brazo el talle de Blanca, y ésta halagaba con palmadas mimosas el cuello de los perros del cazador, que alzaban su cabeza mirando sumisos á la pobre niña, como pidiéndole nuevas caricias.

Y así corrían los bosques de espesas ramas y de sombras misteriosas, las frescas orillas del Ulla sombreadas por los álamos de hojas blancas y perfumadas por las flores silvestres y por el lirio del agua con su roja cabeza medio oculta en las pequeñas lagunas que el río forma aquí y allí al romper el cauce de arena que le aprisiona.

¡Cuántas horas de felicidad resbalaron á su alrededor como otras tantas músicas desconocidas! Si el aire que refrescaba sus sienes pudiera contarnos la historia de su amor, oculto en las enramadas, como el amor de las tórtolas y de las palomas; si las olas que murmuraban pudieran decirnos en su lenguaje misterioso lo que se dijeron aquellos amantes mientras ellas se quebraban blandamente á sus pies, ¡qué pasión tan grande nos contarían! ¡qué palabras tan dulces y consoladoras oiríamos!

Un solo rayo de esa felicidad bastaría para secar las lágrimas de Marta; la pobre jamás había llegado hasta tanto en su ambición; jamás había pensado que el amor pudiese tener bastante fuerza para vivir de sí mismo. Atala no era para ella sino el hermoso sueño del poeta.

Para Marta, amarse, más que los transportes de las grandes pasiones, era ser dos hermanos y vivir como dos amigos, para quienes el dolor y la alegría fuese igual y se aliviasen mutuamente. Ella no quería de Juanito otra cosa que una sonrisa, y poder ser su amiga más sincera y constante: no comprendía que una mujer amase si amaba de otro modo: en Marta había más abnegación que amor, pero una abnegación que llegaría hasta el martirio.

Blanca diría á Juanito en los transportes de la pasión: «He aquí mis brazos, ven.» Marta no diría nada, estaría triste, pero jamás rechazaría á su amante: sus brazos estarían siempre abiertos para él; en su seno podría descansar del mayor sufrimiento. Blanca necesitaba una pasión como la suya; Marta no quería sino que no la olvidasen. Del amor de la primera al odio, no hay más que un paso; en la segunda, las lágrimas son sus hijas queridas. Sólo ella podía decir, como la Elvira de Espronceda, que diesen al amante que la olvidaba y por quien moría:

«Triunfos, la gloria; amor, otras mujeres.»

Blanca diría: ¡ámame siempre!

Marta diría: ¡olvídame si eres capaz de ello; pero no me aborrezcas nunca!

Una tarde—se había ocultado el sol y las nubes pasaban como ligeras sombras sobre el azul del cielo y sobre la superficie de las aguas; la campana de las oraciones había disipado su última nota entre las revueltas y sinuosidades del valle, y las aves nocturnas desplegaban sus alas—Juanito respiraba con placer el viento apacible y fresco de esas noches que suceden á las abrasadas horas del verano, y á su lado, su mejor amigo, el hermano de Marta, se había sentado, mirando cómo se iluminaba el mar al tibio rayo de la luna que asomaba, sin que un celaje, por leve que fuese, se agrupara á su alrededor.

—Juanito—dijo su amigo—, todas tus miradas se dirigen á un mismo punto. ¿Se halla el paraíso entre aquellos árboles que se alzan allá, donde el Ulla entra en el mar?

—No, amigo mío, no es el paraíso; desde el

primer pecado no existe en la tierra ese paraje de felicidad; pero puedo asegurarte que, en aquel sitio en donde vivas con una mujer hermosa, y que te ame del mismo modo que tú la ames, allí estará el lugar más feliz del mundo.

—Y la que llena de amor ese pequeño rincón de la tierra, ¿es hermosa?

—¡Ah! ¡si la vieras!... Hermosa como un ángel.

—¿Te ama?

—Como nadie me ha amado.

—Creo que deliras; Marta...

—¿A qué ese nombre en este momento?

—Marta, repito, te ha amado tanto como te amará esa mujer que posee hoy tu cariño; tal vez mi pobre hermana te ame más que ella.

—¿Es Marta quien te envía á decirme eso?—replicó Juanito con ironía.

—No—contestó duramente su amigo—; pero nuestra amistad y la amargura que has derramado en el corazón de una infeliz, cuyo único delito fué el creerte, me fuerzan á decirte que no es ese el modo como yo obraría en tu lugar.

—¿Qué harías tú, apuesto y gentil mantenedor; qué harías?

—En primer lugar, no engañaría á ninguna mujer que fuese lo bastante buena para creer en mis pérfidas palabras, sin sospechar jamás de mí.

—¡Esto es divertido!—dijo Juanito—. Veamos, mi severo Catón—añadió—; ¿y qué más?

—Si la engañaba, tendría el valor de declararlo.

—¿Crees tú que Marta lo merece?

—Lo que no mereces tú—gritó su amigo, pálido de cólera—es que yo levante la mano y le dé la conveniente dirección.

Hubo un instante de silencio.

—Algunos beneficios te he hecho—exclamó Juanito—; sólo podrías pagármelos de este modo.

Y se separaron.

Juanito entonces se levantó, abrió la ventana y dirigió su anteojo hacia la quinta de Blanca.

Una profunda paz reinaba en ella: las sombras, medio iluminadas por la luna, envolvían sus alrededores, y sólo se percibía el rumor de las olas, que lamían sus murallas.

Por un movimiento, involuntario tal vez, miró después Juanito hacia la casa de Marta; la ventana de su habitación estaba abierta: una luz misteriosa iluminaba aquel solitario recinto, y sentada al clavicordio se distinguía la pálida y hermosa figura de su antigua amante.

Entonces, por uno de esos sentimientos desconocidos de nuestro corazón, compadeció á la pobre joven, y pensó que las brisas le traían entre sus ligeras alas una de las más tristes notas del «Adiós» de Schumberg.





X

Aquella estación que llega con los cánticos de las vendimiadoras; ¡aquella que aparece como una doncella melancólica y que se cubre con los ropajes de los más hermosos ocasos; aquella cuya corona no es de flores, ni de mieses en sazón, sino de las hojas secas de las vides; aquella estación es el otoño!

Si yo fuera poeta, ¡oh, dulce estación!, tendría para ti mis más hermosos cantos, como tengo hoy mis suspiros más tristes. Yo te cantaría con la voz del viento que gime entre los árboles que deshoja á su paso, y mi canto sería melancólico y dulce como la armonía de las olas que se quiebran en las vertientes de la playa.

Homero, el grande Homero, no te sentó en la mesa de los dioses, y sólo tuviste un altar como tus hermanas las estaciones.

Si yo hubiera vivido en aquellos tiempos en que Júpiter llenaba con su sombra el Capitolio, yo te alzaría un templo bajo el cielo de la Campania; un templo en que tuvieses adoraciones y perfumes, como diosa de la melancolía.

Los romanos no te conocieron; ciñeron tu frente con los verdes tirsos de las viñas; pusieron en tu diestra la copa en que se había exprimido

la uva dorada de Falermo, y en tus labios hicieron aparecer la sonrisa de la bacante.

¡Sacrílegos! La sonrisa de la bacante no es melancólica como lo eres tú, mi dulce estación.

Tú eres pura como una vestal y triste como la estrella del véspero; ¡ah!, yo te alzaré un altar sencillo, allá en aquel país que rodea la mar como una dulce amiga, en aquel país en donde amé como sólo aman los locos ó los poetas.

Y cuando el viento refrigerante de Septiembre arrastre las hojas secas por el estío; cuando las viñas hayan sido despojadas de sus racimos; cuando la hoja de la rosa sea llevada por la corriente del río que pasa silencioso bajo su ventana; cuando las primeras lluvias caigan sobre la tierra como la bendición del Dios de los cristianos; cuando ella vuelva á mi lado, entonces te saludaré como á un huésped querido, porque ella vuelve contigo; ella, pálida y hermosa como tú, que parece tu espíritu y que viene envuelta entre las nubes de tus ocasos.

¡Ah! ¡Me olvidaba! No cuando venga ella, sino cuando venga su sombra; su recuerdo vive siempre en mi corazón, y tus brisas y tus horas de silencio traen á mi memoria escenas pasadas, y murmuran á mi oído palabras queridas, que son para mí músicas dulcísimas y regaladas.

¡Otoño, otoño! ¿Volverá?...



XI

En uno de los últimos días de Septiembre, y en la quinta de Blanca, se hablaba de fiestas y de bodas.

Juanito se casaba el primero de Octubre con Blanca.

En los pueblos pequeños, las noticias suelen correr de boca en boca con increíble rapidez. Y como llega á nuestros oídos el rumor del mar, que jamás hemos visto, al tiempo que nos adelantamos hacia la playa para verle, así llegó á Marta la noticia de aquella boda fatal.

No lloró; más aún: una sonrisa celeste floreció en sus labios.

Pareció volver á sus horas de tranquilidad y de esperanza; y abriendo de nuevo el clavicordio, abandonado desde el día en que fué olvidada, cantó con la más dulce resignación una música melancólica y suave, cuya letra parecía alentarla é infundir en su pecho ideas de otros lugares en donde se ama eternamente.

Cuando concluyó, cuando su voz moribunda y desfallecida murmuró la última estrofa de aquella canción; cuando sus labios dejaron escapar, como una amarga queja, estos sentidos versos :

Frutos del triste suelo
Angustia y llanto son;
Anda á habitar del cielo
La fúlgida mansión;
Y en sus augustos senos
Dichosa ver podrás
Que aquí hay un mártir menos
Y allí hay un ángel más;

entonces un raudal de lágrimas inundó sus ojos y su cabeza se inclinó sobre su seno.

El primero de Octubre Marta se levantó temprano, abrió la ventana, y un viento frío inundó su habitación y voló azotando sus cabellos. Luego se puso al clavicordio, y cantó de nuevo aquella letra que la hiciera llorar, y repitió sin pensar los dos últimos versos, cuyas palabras se perdían entre el gemido del viento y el rumor de la marea que encrespaba las olas.

Su madre interrumpió aquel canto.

—¿Cómo es eso, hija mía?...

Marta volvió la cabeza y murmuró:

—¡Buenos días, mamá!...

—¿Cómo te has levantado tan temprano?—interrogó la anciana dejando sobre el clavicordio una taza de café.

—He dormido poco—contestó la niña—, no sabía cómo pasar la mañana.

—¿Por qué no cierras la ventana? El viento es demasiado fresco y puede hacerte daño.

—¡No! No lo siento casi, estoy ardiendo, mira. Y cogió la mano de su madre y la puso sobre su frente.

—¡Pobre niña!—murmuró la anciana.

Y se sentó á su lado, resignada y triste, mirando á Marta con esa atención, con esa ternura de

que sólo las madres son capaces, y cuyo secreto nadie conoce sino ellas.

Asomó el sol en Oriente, subió á su cenit y descendió al ocaso; y Marta, que le saludó á su venida, se despidió de él en las últimas horas de la tarde.

Tan pronto como la noche tendió su velo de sombras y de misterio; tan pronto como ese múltiple ruido del día se fué apagando gradualmente, y las estrellas asomaron como otros tantos puntos luminosos en el espacio, Marta se vistió, alisó sus cabellos sobre las sienes; escondió en su seno una pequeña cruz de marfil; escribió una carta, que dejó oculta entre sus cuadernos de música; se puso de nuevo al clavicordio, y apenas las primeras notas hirieron sus oídos y llegaron á su corazón, se levantó asustada, bajó al jardín, cruzó por entre las viñas, sobre cuyo fondo verde se la vió pasar y destacarse como una sombra de las antiguas leyendas, llegó á las orillas del Ulla, cerca, muy cerca de la quinta de Blanca, y allí cayó desfallecida, más por la fuerza de su emoción, que por la debilidad ó cansancio.

El fresco de la noche y el ruido de la fiesta cercana la despertaron, y se irguió como una flor que había doblado la tormenta.

La verja estaba abierta, para dar paso á los convidados, y la pobre niña entró y se internó en los laberintos del jardín, y después de andar errante de calle en calle, se halló bajo una ventana abierta por donde salían á torrentes los rayos de luz, las suaves armonías y el ruido y la algazara del baile que sucedía á la bendición nupcial.

Hubiera querido abarcar en una sola mirada

todo aquel cuadro de felicidad, y muchas veces quiso pasar el umbral que la separaba de Juanito; pero una fuerza misteriosa le impedía moverse del sitio en que se hallaba.

Vió entrar los convidados y los vió salir; oyó perderse entre el gemido del viento, que refrescaba sus miembros abrasados por la fiebre, la última nota de la música y el último ruido del salón; pensó entonces en Juanito y en Blanca, sintió los celos que se clavaban de nuevo en su corazón, sintió arder su sangre, golpearle las sienes y hacerse más apresurada su respiración; y entonces dobló su cuerpo el dolor y cayó de rodillas.

Los pliegues de su vestido blanco se confundían entre las flores del jardín; la brisa dominaba sus gemidos, y alzando los ojos al cielo y juntando las manos, exclamó:

—¡Perdón, Dios mío! ¡Le amo!

Y con paso tranquilo se alejó de aquellos lugares, no sin haber arrojado antes sobre tan triste morada una de esas miradas de dolor y desesperación que parecen dar un último adiós, un adiós eterno.

Pronto se halló segunda vez á la orilla del río.

La luna iluminaba su corriente; los álamos de sus orillas se cimbreaban lánguidos; el viento de la noche gemía sobre las olas y entre las hojas, y el rumor del mar cercano, en donde se perdía el Ulla, completaba aquella armonía de la Naturaleza. Marta seguía maquinalmente un sendero abierto á la orilla del río, y ni el fresco de la noche, que azotaba sus vestidos, ni la humedad de la hierba que cubría el suelo y que penetraba hasta sus pies, ni el ruido acompasado y triste de las olas y del viento que sorprende y asusta á las almas débiles en aquellas horas, en aquel sitio, en aquella soledad, nada fué bastante á arrancarla de su enajenamiento. Parecía una sombra errante de las baladas alemanas, un alma en pena de los cuentos de nuestros campesinos.

De pronto, el viento trajo á sus oídos los ecos de una música querida.

Sobresaltóse, y escuchó.

Y las notas dolientes y amorosas del «Adiós» de Schumberg hicieron latir su corazón con violencia, y la pobre joven llevó temblando sus manos á su seno; apretó convulsiva la sencilla tela de su vestido, y como si quisiese arrancarse aquel corazón que le anunciaba vida, pero la vida del dolor y las lágrimas, desgarró los encajes que le cubrían, y loca y fuera de sí se arrojó al Ulla, cuyas aguas se abrieron para recibirla en su lecho de flores y de espumas.



XII

Blanca y Juanito se retiraron después que el silencio había recobrado su dominio sobre el ruido de la fiesta.

Blanca se detuvo en su gabinete; el piano estaba abierto, y en tanto que Juanito hojeaba maquinalmente los cuadernos de música, sentóse la joven desposada, y después de arrojar á un lado las flores y los adornos de su peinado, tocó aquel adiós, cuyos ecos detuvieron en su camino errante á la pobre loca, á quien habían robado la felicidad que disfrutaba.

—¡Basta!—dijo Juanito deteniéndole el brazo.

—¿Por qué?—contestó Blanca—. Sé que te gusta esta música y te la ofrezco hoy como te ofrezco mi amor y mi corazón.

—¡Eres muy buena!—exclamó el—. Pero debo confesártelo todo; gracias á tu amor, nada podré callarte: en este momento me parece esa música una cruel reconvención. Yo no te doy un corazón tan puro como el que tú me ofreces; me acordaba de ella, y he querido alejar de mí un recuerdo tan importuno.

Blanca no contestó, y corriendo las cortinas abrió las ventanas de su gabinete; la luna llenó con su luz el misterioso aposento, y el rayo pálido y trémulo de la lámpara que le iluminaba atravesó el aire, y cayó sobre la superficie del río como una dorada estela.

Al mismo tiempo, un ropaje blanco, un cuerpo hermosísimo, unos cabellos que flotaban entre la corriente aparecieron sobre las olas; y el rayo misterioso se proyectó sobre aquel ropaje y sobre aquel cuerpo, que se hundió de nuevo entre las aguas del Ulla.





XIII

MARTA Á SU MADRE

QUERIDA mamá: Perdóname; nada te he dicho de mis pesares ocultos por no afligirte y porque te empeñarías en enjugar lágrimas eternas, sin lograrlo, con todo tu cariño por la hija de tu corazón. Tú sabes cuánto he amado, y sabes cuán mal han pagado mi ternura; sabes también cuánto he llorado: lo que ignoras es que mi dolor es hoy tan grande que no puedo yo, débil mujer, sufrirlo con calma. Me ha vencido mi pena, y la muerte, que tanto horroriza, apareció á mis ojos como el único puerto de paz para el descanso de esta pobre mujer.

»Adiós, mamá. Tiemblo al pensar que mañana entrarás en mi alcoba y hallarás mi lecho intacto, y entre mis papeles de música este aviso de mi desgracia.—No me consolaría nunca de lo que voy á hacer, si no estuviese cierta de que más tarde había de suceder lo mismo; no hago más que adelantarme algunos días más á mi muerte. ¡Adiós! No puedo proseguir;—aquí en esta carta te dejo el último, el último beso. ¡Adiós, adiós!»

MARTA Á JUANITO

«No he podido vencer la necesidad de escribirte y de consagrarte los pocos momentos que tengo de vida.

»¡Cuánto te he amado, y cuán mal has pagado mi amor!

»Pero hago mal en decir estas cosas; me había propuesto no hablarte una sola palabra de tu olvido, y mucho menos del amor que te profeso; y, sin embargo, el primer renglón es ya una queja; me sucede aquí lo que cuando me empeñaba en tocar al piano una música de sueños, sin herir las teclas; un sonido apagado me hacía conocer la impotencia de mi deseo—esas palabras, triste gemido que se escapa de mi corazón, á despecho mío, son la nota dolorida y misteriosa de mis buenos días.

»Concluiré pronto, por más que siento necesidad de escribir mucho; voy á vestirme, como me vestiría si llegase para mí aquel día de felicidad que hemos soñado juntos, y que, á pesar de mis temores, te empeñabas en darle aquel título.

»Iré á verte: seré una sombra que se deslizará por todas partes, sin que tú la sientas; y después, cuando todo haya concluído, cuando mi corazón no pueda sufrir más, entonces, unos brazos húmedos y amantes que me esperan recibirán mi beso de desposada que quisiera darte á ti.

»¿Te acordarás algún día de la que tanto te ha querido?

»Una esperanza llevo en mi corazón. Si no me perteneces en este mundo, porque otra mujer más dichosa que yo se ha interpuesto en nues-

tro camino, al menos, cuando sacudas el polvo que te une á la tierra, cuando tu alma vuele en pos del amor del Padre, entonces nuestro amor volverá á ser aún más puro, porque será la pasión de dos ángeles despojada de todo lo terreno que hay en los amores de este mundo.

»Recuerdo en este momento la historia de la aldeana de que te hablé en una de mis cartas; ahora es cuando comprendo la verdad de lo que yo llamaba entonces una hermosa tradición.

»Juanito, prometo bajar del Cielo en tu busca y llevarte en mis alas á aquellos sitios, en donde nos amaremos por una eternidad. ¡Adiós; hasta el Cielo!»





XIV

> Amor en el alma vive;
> y si ella á otra vida pasa,
> no muere el amor, sin duda,
> puesto que no muere el alma.
>
> CALDERÓN.—*El Tetrarca de Jerusalén.*

El sol había llegado á su ocaso, como había aparecido en Oriente, velado de espesas nubes, presagio siempre de las tempestades de la Naturaleza: ni un solo rayo pálido y triste había rasgado el manto de tinieblas que rodeaba al astro del día y bajado á alegrar la tierra con la sonrisa de su luz.

Era el segundo día de la boda de Juanito

Si las noticias aciagas no se esparcieran tan pronto entre la gente de los pequeños pueblos, las cartas de Marta hubieran anunciado su triste suerte á todos los que la amaban.

Su madre lloró, y fué al Ulla, como á pedirle con sus lágrimas que le devolviese la hija querida.

Pero aquellas olas de color verdoso, que gemían bajo la sombra de los álamos, y que se deslizaban tranquilas y silenciosas; que habían recibido en su húmedo seno á la pobre enamorada, y que tantas historias de dolores habrían recogido en su carrera, pasaron como siempre

besando los pies de la madre infeliz, y arrastraron en sus pliegues las lágrimas de aquella desolada, como habían arrastrado al Océano, como una hoja desprendida de los árboles de su orilla, á la pobre Marta, cuando buscó en sus brazos la paz que había huído de su corazón.

Juanito vió en aquella carta un fantasma sombrío, que se alzaba entre él y Blanca, y que los separaba para siempre con sus brazos descarnados.—El remordimiento llamaba á su corazón, y éste, como un augur desgraciado de la antigua Roma, no hallaba una sola esperanza, entre él y su víctima, que se alzaba á su lado, hermosa y moribunda, murmurando palabras de amor y consuelo, que caían sobre Juanito como gotas de fuego, abrasando su pecho.

Y el día—que amaneció triste y encapotado, con el cielo velado de nubes que el viento impelía sobre P...—, le sorprendió triste y desasosegado; porque Juanito, como criado en un país en que se teme tanto á los duendes y brujas como á Dios, no veía en la promesa de Marta una alucinación de un alma extraviada por el dolor, sino el aviso del Cielo, que parecía anunciarle un fin cercano y amargo.

Envuelto el joven en su bata, pálido y pesaroso, porque la voz de Marta fué para él la voz de una mujer querida á quien había llevado á la muerte, se paseaba á lo largo de la habitación.

Alguna vez pensó en huir, huir de Blanca y de aquellos lugares que le recordaban su primer sueño de enamorado; ¡como si no llevara consigo mismo esa voz interior, que se llama conciencia, y que le gritaría siempre á su oído palabras de amargura!

—¡No podré amarla ya!—exclamó, acordándose de Blanca—. Entre ella y mi amor hay un ángel... ¡Blanca! ¡Blanca! ¿A qué me has amado?...

Y esta imprecación, al brotar de sus labios convulsivos, pobre desahogo de los corazones débiles, se perdió entre el crujido de los vestidos de Blanca, que apareció á los ojos de Juanito como una ondina medio oculta entre la espuma de las olas.

Y entonces el joven esposo, que acababa de maldecirla, la tendió su mano, y olvidó á Marta, porque Blanca con su dulce sonrisa, con sus cabellos rubios, con su ropaje blanco, como la pureza, y con su rostro hermosísimo era la palabra amiga que consolaba su pena, la mano bienhechora que cerraba sus heridas como un bálsamo suave.

—¡Qué triste está el día, Juanito!—exclamó Blanca sentándose.

—Habrá tempestad—contestó él, y añadió en voz baja—: la siento que ruge ya en mi corazón.

—¿Has sabido esa desgracia?—preguntó ella.

—¿Qué desgracia?

—La de esa joven que se ahogó en el Ulla anteayer. Dicen que era una santa.

—¡Infeliz!—gritó sordamente Juanito.

—Y muy hermosa—añadió Blanca—; parece que unos amores...

—¡Calla, calla!...—interrumpió el joven poniendo su mano sobre la boca de su esposa.

—¿Por qué?—preguntó ella sorprendida.

—Te has asustado; ¿no es verdad, querida mía?—respondió sonriéndose—; preguntas por qué. Pues bien, te lo diré... ¿A qué turbar nuestros primeros días de felicidad con esas historias de lágrimas? Blanca, seamos, hoy, siquiera, seamos egoístas; no cuidemos del dolor de los de-

más; pueden sus desgracias enturbiar, como un enlodado riachuelo, la corriente del río más cristalino y puro. ¿A qué volver, pues, nuestros ojos hacia el dolor, cuando podemos mirar adelante, mirar al porvenir que se acerca á nosotros coronado de flores?

—Tienes razón, Juanito—murmuró la joven—. Olvidémoslo todo; porque cada momento que pasa sin dedicarlo á nuestro amor, es un robo que nos hacemos mutuamente. ¿Sabes acaso los momentos que nos restan de esta dulce tranquilidad, que ojalá nos acompañe hasta el lecho de muerte?

La tempestad que se había anunciado en las espesas nubes que volaban hacia Occidente, como otros tantos fantasmas impelidos por una mano misteriosa, rodó por los cielos é interrumpió la conversación de los jóvenes esposos; desencadenóse el Nordeste; la lluvia inundó la tierra, y un lívido relámpago surcó la atmósfera ennegrecida, iluminándola rápidamente.

—¡Dios mío!—exclamó Blanca.

—¿Tienes miedo?—preguntó Juanito.

—¿Miedo á tu lado?

Sucedió el más dulce silencio á sus palabras, y se retiraron á su alcoba como á un misterioso asilo adonde no llegaban las iras del cielo.

Nada interrumpió la calma que reinaba en torno de ellos; la lluvia chocaba en los cristales; el viento pasaba gimiendo sobre aquel techo, y el trueno, como un suspiro de la tempestad, se sentía, de tarde en tarde, acercarse y huir en alas del Nordeste.

La noche, que había tendido sus sombras por el cielo, era ya la reina y señora de la tierra.

El Sar gemía y se engrosaba; el Ulla, que le

recibía en sus brazos, abandonaba ya su lecho de flores y arbustos para entrar en el Océano, que se adelantaba á recibirle, y la luna, oculta entre las nubes, negaba á la tierra su luz suavísima y apacible.

Y las tinieblas de la media noche hacían más triste y espantosa la tempestad, que rugía como un león aprisionado.

El ladrido de los perros se unía al ruido que formaba el mar, que amenazaba inundar la tierra, y cuyas olas se estrellaban contra las rocas, arrastrando en su loca y triunfal carrera los restos de las barcas que habían sido juguete del viejo Océano en aquellas horas aciagas.

De repente, gritos humanos, dolientes, agudos, que podían llegar al trono de Dios, dominaron todos los gritos de la tempestad.—El hombre, aun en su desgracia, es señor de lo criado y camina á su muerte, como los reyes al cadalso, con la frente altiva y con serena mirada. Lucha primero; más tarde, si no vence, se arroja en brazos del destino y se deja llevar de la inconstante fortuna. He aquí por qué la esperanza, grito rebelde que el hombre arroja á la desgracia, es lo único que no le abandona en la carrera de la vida, llena de espinas, que en nuestro moderno idioma llamamos decepciones.

—¡Señorito, señorito!—gritaban los criados entrando apresuradamente en su alcoba—; el agua llega hasta aquí.

—¿Qué decís?—exclamó él arrojándose del lecho.

—¡La inundación!—le contestaron—que amenaza tragarnos.

Un grito de dolor, un grito desesperado salió de aquellos labios temblorosos, y Juanito corrió

en busca de Blanca, porque el agua mojaba ya sus pies.

—¡Maldición!—murmuró sordamente.

Y luego apareció Blanca, medio desnuda, cubierta apenas con una bata blanca que pudo echar sobre su cuerpo en el momento en que su marido le anunciaba el peligro que corrían; venía pálida y angustiada, los cabellos recogidos hacia atrás, semejando en aquel momento el ángel de la pureza, pronto á volar á la mansión del Señor.

—¡Subamos á la azotea!—dijo Juanito.

Y todos siguieron á su joven amo, con la señal del dolor en el rostro.

Momentos después, el agua llegaba también á aquel postrer asilo de los desgraciados.

Luego Blanca y Juanito, enlazados el uno al otro, como la hiedra á la pared, flotaron entre las olas, con las que el joven empezó una lucha terrible, en que quedó vencido, y otra ola, más fuerte que las demás, le separó de su esposa.

—¡Blanca!—exclamó desesperadamente, y se arrojó de nuevo á luchar con las olas, que le envolvían á cada momento.

Pero rendido y fatigado, sin fuerzas ya, con el estertor de una muerte inevitable que se acercaba, cruzó los brazos sobre el pecho y se dejó ir, juguete de la corriente; de repente, un ropaje blanco pasó confundido entre la espuma del agua. Juanito pensó en Blanca, hizo un violento esfuerzo y asió aquellas vestiduras.

Apaciguóse la tormenta; las olas se doblegaron, como un caballo salvaje, bajo la mano del que lo domestica, y Juanito fué arrojado, con su preciosa carga, hacia la orilla.

—¡Blanca!—dijo con voz apagada—. ¡Blanca!

La luna, oculta hasta entonces, envió sobre la tierra un pálido rayo, que se proyectó sobre aquel cuadro de desolación.

Juanito entonces apartó los cabellos que cubrían aquel cuerpo amado, y lanzó un grito, como no había resonado durante la tempestad.

Aquel cuerpo que él sostenía entre sus brazos era el de Marta.

—¡Perdón! ¡perdón!—murmuró Juanito.

Y las nubes, que corrían sobre el cielo como caballos desbocados, velaron de nuevo la luz de la luna, y el viento y las olas, que parecían haberse apaciguado, volvieron á su interrumpida lucha.

Juanito, en tanto, seguía pidiendo perdón á la que había sido su amante, y lágrimas amargas inundaron sus ojos.

De repente, un recuerdo tristísimo brotó en su mente, y halló entonces inevitable su muerte.

—¡Ah!—exclamó, acordándose de la promesa de Marta—. ¿Vienes á buscarme?

Y el viento, ó, mejor dicho, su conciencia, le contestó con voz sobrenatural:

—Sí; desde el Cielo.

Y las olas se erguían, nuevos titanes; para escalar las nubes, envolvieron entre sus pliegues dos cuerpos: el de Juanito y el de Marta.



XV

CUANDO la luz de la aurora iluminó aquel cuadro de destrucción, los aldeanos hallaron entre la arena de la ribera dos cadáveres enlazados, que reconocieron al momento.

Persignáronse devotamente, y exclamaron:

—¡Pobrecilla! ¡Cumplió su promesa! Vino á buscarle desde el Cielo.

Algunos corazones incrédulos hallaron una explicación menos sobrenatural.

—Marta—dijeron—habría sido arrojada á un sitio solitario, donde nadie la halló, y de donde la arrancaría la tempestad: la casualidad haría que se juntase con Juanito.

Su madre corrió en busca de la hija perdida; lloró sobre ella, y en un lugar cubierto de flores puso su tumba.

«Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo.»